

Ernesto Quesada y Augusto Bunge: germanismo, cultura y guerra¹

CLAUDIA DE MORENO

UNTREF

claudiademoreno@hotmail.com

RESUMEN

Ernesto Quesada y Augusto Bunge encabezaron las listas de los intelectuales argentinos llamados germanófilos durante la Primera Guerra Mundial. Este trabajo intenta explicar el alcance de dicho calificativo en los dos intelectuales mencionados ya que el mismo fue construido por los partidarios de la Entente con la intención de etiquetar a los simpatizantes de Alemania con el sello de la barbarie. Sin embargo, para ambos intelectuales la guerra se presentaba como la ocasión propicia para que se operaran en la Argentina cambios significativos que tuvieran como modelo a la sociedad alemana, pues la contienda transcurría mientras en el ámbito local se ensayaban las primeras muestras de una reforma institucional que prometía abrir canales de participación, lo que se traduciría en la ocasión para pensar formas alternativas de regulación social.

PALABRAS CLAVE

Primera Guerra Mundial – Ernesto Quesada – Augusto Bunge – intelectuales.

ABSTRACT

Ernesto Quesada and Augusto Bunge topped the charts of Argentine intellectuals called germanófilos during World War I. This paper attempts

¹ Este artículo se basa en la tesis de Maestría en Historia que fue defendida en la Universidad Nacional de Tres de Febrero en noviembre de 2014. Agradezco los comentarios que entonces realizaron Martín Castro, Mariano Di Pasquale y Elena Piñeiro, como así también el apoyo de mi director Patricio Geli.

to explain the scope of that epithet in these two intellectuals since it was built by supporters of the Entente intended to label the supporters of Germany with the label of barbarism. However, for both intellectual war was presented as the occasion for significant changes that have modeled the German society operate in Argentina, as the war progressed while locally the first signs of an institutional reform were tested promised to open channels of participation, which resulted in the opportunity to think alternative forms of social regulation.

KEY WORDS

World War – intellectuals – Ernesto Quesada – Augusto Bunge.

INTRODUCCIÓN

La Primera Guerra Mundial fue un acontecimiento en extremo conmovedor para los hombres de pensamiento, porque desplegó una dimensión inusitada a la vez que cambió radicalmente las reglas de juego en el plano internacional. A su vez, prometía una crisis de los valores vigentes que gravitaba fuertemente sobre el campo intelectual, presentándose simultáneamente como marco y disparador de discusiones y malestares no resueltos.

La mayoría de los intelectuales en Argentina se encolumnó abiertamente a favor de la Entente, sobre todo de Francia cuya cultura y valores estéticos imitaba². La propaganda aliada influyó en la opinión pública configurando la convicción de que defender a los aliados significaba abrazar la causa de la democracia representativa y los derechos individuales.

² Cuando hablamos de intelectuales, siempre nos referimos a grupos minoritarios cuyos integrantes buscan el reconocimiento de la comunidad intelectual y a ella se dirigen a través de sus escritos, aunque muchas veces los destinatarios de su pensamiento son los integrantes del elenco político, en el cual pretenden influir. CARLOS ALTAMIRANO (dir.), *Historia de los Intelectuales en América Latina, Tomo I, La ciudad letrada. De la conquista al Modernismo*, Buenos Aires, Editorial Katz, 2008, p. 10.

En medio del clima manifiestamente antigermánico que se percibía en la Argentina ni bien iniciada la guerra, dos intelectuales, Ernesto Quesada y Augusto Bunge manifestaron su simpatía por Alemania. Nuestro interés a lo largo de este trabajo está centrado en las intervenciones de estos dos intelectuales fundamentalmente entre 1914 y 1917, período en el que Alemania desplegó un importante protagonismo en la guerra. El objetivo de esta tesis es desentrañar las causas por las cuales dos hombres de pensamiento ubicados en lugares ideológicos antagónicos deciden levantar su voz en defensa del pueblo alemán y su cultura durante la Gran Guerra, a contracorriente de la mayoría del ambiente intelectual y político de la época, que estaba a favor de los aliados. Si bien descontamos que los vínculos que ambos intelectuales mantuvieron con la cultura alemana desde los años formativos constituyen uno de los soportes de esa posición, nos planteamos cuales son las representaciones de la realidad argentina que movilizan, en el contexto de la guerra, el pensamiento de Quesada y Bunge en defensa de la cultura alemana y a su vez, cuales son las imágenes que ambos construyen sobre Alemania y su papel en la guerra que nos habilitan para encontrar puntos de coincidencia entre dos hombres de pensamiento que observan la realidad desde miradores distintos y corpus ideológicos enfrentados. De manera tal que estudiar el pensamiento de Quesada y Bunge durante la guerra reviste importancia porque de alguna manera, reporta el impacto que la contienda produce en una parte de la identidad intelectual argentina.

Bunge era médico higienista y miembro del grupo dirigente del Partido Socialista. Pronunció su admiración por Alemania en disonancia con las declaraciones de los dirigentes del PS³, lo cual lo ubicaba en una situación difícil, porque pretendía mantener la posición de un intelectual comprometido en medio de una estructura partidaria que esperaba de él la conducta de un intelectual que operara como vocero de los principios orgánicos del partido. Por lo tanto, uno de los núcleos problemáticos derivado de esta disyuntiva está vinculado con las dificultades que Bunge enfrentó

³ Toda mención al PS en este trabajo se refiere al Partido Socialista de la Argentina.

y sorteó cuando, en forma espasmódica y según las circunstancias, la cúpula del PS le recortaba los espacios para escribir en *La Vanguardia*, situación que se agravó cuando en 1916 fue electo diputado nacional. Esta encrucijada lo ubicaría en un lugar de ambigüedad toda vez que aspirara a ser leal con sus compañeros de bancada en el plano político y a la vez se empeñara en mantener su autonomía en el plano de las luchas simbólicas.

Ernesto Quesada fue un intelectual muy destacado de la Argentina en el tránsito del siglo XIX al XX y formó parte de la elite ilustrada que había pensado los caminos por los que debía transitar la Argentina en su ingreso a la modernidad. Fue juez, fiscal, historiador y profesor universitario. Mantenía una relación fluida con el mundo de la cultura alemana desde mucho antes de la guerra. El conocimiento de dicha cultura era conocida de primera mano desde su juventud, pues acompañando a su padre Vicente Quesada, que se desempeñaba como funcionario del servicio exterior de la Confederación Argentina, había asistido a un colegio secundario en Dresden⁴.

Tanto Quesada como Bunge habían celebrado el proceso de modernización iniciado en la Argentina en la segunda mitad del siglo XIX, aunque a su vez, ambos percibían que la realidad se iba impregnando de dilemas que merecían ser repensados. El crecimiento de los factores productivos junto al incremento del flujo comercial y la libre inmigración eran mecanismos de desarrollo de la economía local. Dicho desarrollo era percibido positivamente por los dos intelectuales. Quesada, creía que la Argentina estaba destinada a recorrer durante el siglo XX, el mismo camino que había atravesado Estados Unidos a lo largo del siglo XIX⁵. Un aspecto relevante de este “destino manifiesto” argentino residía en el estrechamiento de las relaciones comerciales con otros países, de manera tal que la Argentina fuese la proveedora natural de alimentos para el Viejo

⁴ SANDRA CARRERAS, “¿Cómo circulan los saberes? La relación intelectual entre Leonore Deiters, Ernesto Quesada y Oswald Spengler”, en: *Políticas de la Memoria. Anuario de investigación e información del CeDinCI*, Buenos Aires, CeDinCI, 8/9, 2008, pp. 221-230.

⁵ PABLO BUCHBINDER, *Los Quesada. Letras, ciencias y política en la Argentina, 1850-1934*, Buenos Aires, Edhasa, 2012, p. 161.

Continente. A su vez, ese crecimiento económico basado en la exportación de productos primarios tenía que estar acompañado de una política internacional pacífica y sin ambiciones imperialistas⁶. Bunge estaba fuertemente influenciado por la cosmovisión socialista, que consideraba que si bien las fuerzas productivas ejercían un papel dinamizador en la vida cultural y material, en la Argentina habían asumido un status de fragilidad preocupante, pues la rapacidad de la oligarquía gobernante al frente de una sociedad que presentaba ciertos rasgos propios de la modernización, reeditaba el fantasma de la guerra civil⁷. La modernización había instalado una problemática centrada en la aparición de una sociedad de masas mayoritariamente integrada por inmigrantes. Quesada ya había advertido con preocupación que aquellos nuevos habitantes predominantemente latinos presentaban dos problemas, por un lado, no terminaban de asimilarse a la sociedad, lo que retrasaba la constitución de una identidad nacional propia, y por otro, eran los gestores del movimiento obrero que impregnado de ideas de izquierda, habían alterado el orden prolijamente construido por la élite, treinta años atrás⁸. Asimismo Bunge, advertía que el peligro residía en la constante amenaza de los instintos políticos irracionales de los trabajadores argentinos cautivos por un sistema de creencias premodernas (como la fe en el líder carismático, el rechazo por el trabajo disciplinado, la inclinación a la violencia injustificada como el duelo y las peleas a cuchillo) en definitiva, un problema que debía ser resuelto a través de una transformación de la esfera cultural, tarea en la que los socialistas estaban empeñados⁹.

⁶ *Ibidem*, p. 161

⁷ PATRICIO GELI y LETICIA PRISLEI, “Una estrategia socialista para el laberinto argentino. Apuntes sobre el pensamiento político de Juan B. Justo”, en: *Entrepasados*. Buenos Aires, N° 4-5, 1993, pp. 21-28. También consultar: JEREMY ADELMAN, “El Partido Socialista Argentino”, en: MIRTA ZAIDA LOBATO (Dr.), *Nueva Historia Argentina*, 2^{da} ed., Buenos Aires, Sudamericana, 2010, p. 270. José Arico, *La hipótesis de Justo. Escritos sobre el socialismo en América Latina*, Buenos Aires, Latinoamericana, 1999, pp. 48-85.

⁸ PABLO BUCHBINDER, *op.cit.*, pp. 163-166.

⁹ PATRICIO GELI y LETICIA PRISLEI, “Una estrategia socialista...”, *op.cit.*, p. 35 y p. 271.

Ernesto Quesada y Augusto Bunge sabían que vivían en tiempos de profundos cambios y pensaban la realidad social y política desde el centro mismo de la tensión. En ambos sobrevuelan fantasmas desprendidos de la incertidumbre que provocaba la guerra en lo concerniente al nuevo orden internacional que emergería al finalizar la misma. A su vez, esos fantasmas se vinculaban con la sensibilidad que habían manifestado las comunidades europeas residentes en Argentina en solidaridad con sus pueblos de origen, lo que generaba preocupación por terminar de definir la propia identidad y en ese sentido despertaban reflexiones acerca de si los modelos imitados hasta el momento eran los correctos, actitud que opera de ariete para formular una recusación dentro del modelo de modernización instalado y custodiado por la élite.

La hipótesis que guía nuestro trabajo es que —ubicados en lugares políticos e ideológicos antagónicos— Ernesto Quesada y Augusto Bunge compartían una visión optimista del momento histórico que transitaban, pues la guerra era la ocasión propicia para que se operaran cambios significativos en la instalación de valores, la reformulación del rol de las instituciones y en la creación de voluntades colectivas que tuvieran como modelo a la sociedad alemana. Esos mundos simbólicos, que habían abrevado de la cultura alemana durante los años formativos tanto de uno como de otro, traslucen esquemas de valoración que hacen de la cultura alemana y sus instituciones la inspiración para pensar un modelo alternativo para la Argentina en un momento histórico clave, pues la guerra transcurría mientras en el ámbito local se ensayaban las primeras muestras de una reforma institucional que prometía abrir canales de participación, lo que se traducía en la ocasión para pensar formas alternativas de regulación social.

Desde lo metodológico, nuestro trabajo utiliza las siguientes fuentes primarias: para analizar las intervenciones de Bunge el diario *La Vanguardia* entre 1914 y 1917, su libro *El culto de la vida* escrito y editado en 1915 y el libro *Polémicas* editado en 1918. En este último, Bunge publica una serie de artículos aparecidos con anterioridad en *La Vanguardia* y en revistas como *Nosotros* y *Nuevos Tiempos*, a través de los cuales había protagonizado confrontaciones sobre temas referidos a la actualidad

y a la doctrina socialista¹⁰. En referencia a las intervenciones de Quesada, se utilizaron sus dos artículos escritos hacia fines de 1914, el primero, *La actual civilización germánica y la presente guerra*, es el comentario de un informe realizado en 1913 por Gonzalo de Quesada, ministro de Cuba en Berlín, sobre los adelantos que alcanzó Alemania desde su despegue como país unificado en 1870. Alrededor de esos datos construye los enunciados que sostienen las bondades del Imperio Germánico. El segundo trabajo, *El "peligro alemán" en Sudamérica*, tiene como objetivo desmontar los argumentos circulantes acerca de las supuestas ambiciones de expansión territorial que Alemania tiene sobre esta parte del continente¹¹.

El trabajo está estructurado en dos partes: la primera indaga en las representaciones que Ernesto Quesada construye sobre Alemania, la guerra y los complejos mecanismos comunicacionales que la misma puso en juego para seducir al público de los países neutrales y en los posibles caminos con miras a resolver los problemas sociales presentes de la Argentina, que el conflicto exponía con mayor crudeza. La segunda parte explora las lecturas que Bunge hace de la cultura alemana en espejo con la realidad argentina e interpreta el papel que jugó en su posicionamiento ante la guerra, la tradición socialdemócrata del Imperio Central y el carácter peculiar de la cultura alemana. En definitiva, el trabajo intenta echar luz sobre el impacto de la Primera Guerra Mundial en dos hombres de pensamiento dispuestos a pensar caminos alternativos para una Argentina en constante transformación.

¹⁰ AUGUSTO BUNGE, *El culto de la vida*. Buenos Aires, Juan Perroti, 1915, y *Polémicas*, Buenos Aires, Cooperativa Editorial Limitada, 1918.

¹¹ ERNESTO QUESADA, *La actual civilización germánica y la presente guerra*, Buenos Aires, Imprenta Suiza, 1914. ERNESTO QUESADA, "El 'peligro alemán' en Sudamérica" *Revista Argentina de Ciencias Políticas*. T IX, 1915.

ERNESTO QUESADA

IMÁGENES DE ALEMANIA EN ERNESTO QUESADA

La guerra en sí y su inesperada duración, fueron motivos suficientes para inspirar a los hombres de la cultura. Muchos intelectuales europeos venían registrando con una exaltación casi mística los acontecimientos previos a la guerra y sus obras formaban parte del caudal de lectura que circulaba por las manos de los hombres cultos de Buenos Aires. Por otra parte, el conflicto bélico que para muchos de sus contemporáneos anunciaba el desmoronamiento de la civilización occidental del siglo XIX, en nuestro país ponía de manifiesto “una inquietud política proyectada sobre el fondo de una crisis del liberalismo”¹². Constructores de sentido, los intelectuales argentinos volvieron su mirada sobre muchos de los valores que habían atravesado el siglo XIX y al amparo de la guerra, los resignificaron¹³. En medio de la hecatombe generalizada, cuando la guerra industrial daba muestras de su costado más cruel, muchos de aquellos hombres de pensamiento se preguntaron en qué país del viejo continente habitaba la civilización. Bajo ese mismo signo, el debate sobre los rasgos básicos del orden social y económico ocupaba un lugar central en las reflexiones sobre la Argentina y el mundo, con la urgencia derivada de la convicción de que se hacía imperioso ofrecer orientaciones precisas para las transformaciones que vendrían¹⁴. En Argentina, si bien el gobierno engrosó la lista de países que se declararon neutrales frente a la guerra, el impacto que la contienda produjo en la opinión pública, en la prensa, en las publicaciones culturales y en el campo intelectual, despertó en los

¹² OSCAR TERÁN, *Historia de la ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980*, Buenos Aires, Siglo XXI, p. 191.

¹³ Ver la encuesta de la revista *Nosotros*. Buenos Aires, febrero-abril de 1915, Nos 70, 71, 72 y 73. Esta revista convocó a una parte significativa del elenco intelectual de la época. En dicha encuesta se abordan temas referidos a los valores que pone en juego la guerra y a como la Argentina se ubicaría en la nueva configuración internacional que sobrevendría al terminar la misma.

¹⁴ TULLIO HALPERÍN DONGHI, *Vida y muerte de la República verdadera (1910-1930)* Biblioteca del Pensamiento Argentino IV, 2^{da} edic., Buenos Aires, Ariel, 2005, pp. 72-73.

actores sociales una toma de posición apasionada. La mayoría de los hombres de pensamiento que tomó posición frente a la guerra, lo hizo por razones históricas y culturales, del lado de la Entente. La cultura francesa había sido un modelo inspirador para la elite porteña al momento de diseñar el funcionamiento de las instituciones republicanas y seleccionar los derechos que se incluirían en la Constitución Nacional. Como si eso fuera poco, las obras de ilustres novelistas, poetas, filósofos y pensadores galos habían circulado profusamente por las manos de sus pares argentinos¹⁵. La influencia cultural francesa, a través de sus principios y valores había dejado en la sociedad rioplatense desde principios del siglo XIX, una marca muy fuerte que se profundizó durante la guerra a partir del trabajo deliberado de propaganda que hicieron los intelectuales de ese país de sus escritos, las agencias noticiosas francesas e inglesas y los gobiernos de los países aliados a través de su red consular. La palanca decisiva para su difusión en los países neutrales fue sin duda constituida por la prensa étnica, la gran prensa y los hombres de pensamiento encolumnados con los Aliados¹⁶.

¹⁵ Para constatar la activa circulación de ideas provenientes de Francia y su influencia en los hombres de pensamiento argentinos ver: ROBERTO GIUSTI, *Visto y Vivido*, Buenos Aires, Losada, 1965, pp. 23, 28, 45, 88 y 113. MANUEL GÁLVEZ, *Recuerdos de la vida literaria*, Tomo I, Buenos Aires, Taurus, 2002, pp. 205, 433, 484. CARLOS IBARGUREN, *La historia que he vivido*, Buenos Aires, 3^a edic., Ediciones Dictio, 1977, pp. 231-257. Para un panorama historiográfico completo sobre los distintos aspectos del impacto de la Primera Guerra Mundial en Argentina ver: EMILIANO GASTÓN SÁNCHEZ, “Ecos argentinos de la contienda europea. La historiografía sobre la Primera Guerra Mundial en la Argentina”, en: *Políticas de la Memoria. Anuario de investigación e información del CeDInCI*, N° 13, 2012/2013, pp. 163-169.

¹⁶ Lo primero que movilizó la guerra fueron las conciencias y las ideas, lo que explica el lugar que ocupó la prensa étnica, especialmente porque no todos los miembros de las comunidades extranjeras pertenecientes a países beligerantes, compartían idénticos niveles de adhesión y entusiasmo. Por otra parte, el peso de la prensa étnica, tenía una relación directa con la cantidad de componentes de cada comunidad. Lo que explica que los diarios nacionales estuviesen más influenciados por el consenso aliadófilo. HERNÁN OTERO, *La guerra en la sangre. Los franco argentinos frente a la Primera Guerra Mundial*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009, pp. 90-91. Para ver la movilización cultural e intelectual que produjo la guerra en la comunidad francesa ver: CRISTOFER PROCHASSON y ANNE RASMUSSEN, *Au nom de la patrie. Les intellectuels et la Première Guerre mondiale (1910-1914)*, Paris, de la Découverte, 1996.

Ernesto Quesada integró dentro del ambiente intelectual de su época, una acotada lista de hombres de la cultura —a la cual se suman nombres como el de Estanislao Zeballos, Clemente Ricci y Pedro Ramos— que tuvieron una mirada complaciente sobre el papel que Alemania desempeñaba en la guerra y sobre todo, sobre el lugar que ocupaba como potencia civilizadora¹⁷. La percepción que Quesada tiene de la guerra y sobre todo del rol que juega Alemania en la civilización europea, debe ser estudiada atendiendo la distinción entre “realidad” y representación” pues quienes perciben los hechos o noticias están sumidos en situaciones en las que convergen intereses, mandatos culturales y rasgos psicológicos que condicionan la forma de ver esa realidad¹⁸. En ese sentido, este trabajo se propone demostrar que las imágenes discursivas de Quesada sobre Alemania están vinculadas a los numerosos contactos que había tenido con la comunidad alemana desde los años de juventud y a la lectura que hacía —a partir del fuerte impacto de la guerra— sobre algunos aspectos de la realidad argentina que le resultaban problemáticos, para los cuales vislumbraba las vías de solución en la imitación del modelo alemán. En cierta medida, las lecturas que Ernesto Quesada plasmó sobre las causas de la guerra, contienen fuertes similitudes con los argumentos de los intelectuales alemanes, claramente encolumnados con las justificaciones de su gobierno¹⁹. Así es como encontramos en Quesada, construcciones

¹⁷ Para ver la defensa de Alemania de Clemente Ricci ver la encuesta de la revista *Nosotros*, N° 71, Buenos Aires, 1915, pp. 227-228. Para Estanislao Zeballos ver: “Gobierno Radical”, en: *Revista de Derecho, Historia y Letras*, LVII, Buenos Aires, Talleres Gráficos de L. J. Rosso y Cía, 1917, pp. 256-257 y MANUEL CARLÉS, “El misticismo de la civilización” en *Revista de Derecho, Historia y Letras* N° LI, Buenos Aires, p. 346. Para Pedro Ramos ver: JUAN PEDRO RAMOS, *La significación de Alemania en la guerra europea*, Buenos Aires, Biblioteca Renovación, 2^a Edición, 1918. “Alemania ante la guerra”, en: *Revista Argentina de Ciencias Políticas*, T.IX. 1914, pp. 426-444

¹⁸ CHRISTOPHE PROCHASSON, *14-18 Rétours d'expériences*, Paris. Tallandier, 2008, p. 107. Para una aproximación al problema metodológico sobre la escritura de la historia en referencia a la lectura de la realidad ver ROGER CHARTIER, *La historia o la lectura del tiempo*, Barcelona, Gedisa, 2007 y *El mundo como representación*, Barcelona, Gedisa, 1992.

¹⁹ Los profesores universitarios alemanes asumieron como propios los argumentos elaborados por el gobierno imperial. Los más destacados participaron de una publicación destinada al público de los países neutrales con el objetivo de desmontar las acusaciones que circulaban en

que contienen los mismos argumentos que leemos en los textos de los catedráticos alemanes: La guerra sería la sepulturera de la civilización pero también generaría la ocasión propicia para asegurar la supervivencia de Alemania. El II Reich sería víctima de una Europa coaligada contra él viéndose precipitado al conflicto contra su voluntad, pero como en la guerra están en juego dos concepciones de vida distintas, la guerra es a muerte²⁰. Más allá de las coincidencias que percibimos entre los argumentos de los catedráticos alemanes y los que esgrime Quesada, en la defensa que hace de la civilización alemana, revela un criterio de valoración científico cuando a modo de aval de sus propias argumentaciones sostiene que sus opiniones sobre los países europeos en general y sobre Alemania en particular son el resultado de sus impresiones y experiencias personales²¹. En este contexto, para Quesada es un problema la adhesión que la opinión pública presta a la causa de los aliados, presa de la ignorancia y la manipulación, entonces denuncia:

contra de Alemania acerca de su brutalidad en los métodos de guerra, la ausencia de prácticas democráticas en la vida política y una política exterior agresiva y expansionista. Esta publicación contiene dos tópicos sobre los que se desarrolla gran parte de la justificación de la contienda: el primero consiste en cimentar la idea de que la guerra es defensiva y el segundo aspira a demostrar que la cultura alemana es una sola, sólida y armoniosa, para lo cual aspiran a desmontar la imagen arraigada en los países de la Entente de que en Alemania coexisten dos culturas, una culta y civilizada representada en el romanticismo y el idealismo alemán y la otra brutal y autoritaria encarnada en los valores prusianos. AA.VV., *Alemania y la Guerra Europea*, Barcelona, Gustavo Gili Editor, 1916. La primera edición de este libro presentado en tres tomos es posterior al pronunciamiento de Quesada a favor de la guerra, pero hay una prueba de que Quesada conocía de cerca el pensamiento de algunos de sus autores. El contacto con algunos de estos catedráticos ocurrió durante su estadía en Leipzig y en Berlín, en ocasión de confeccionar un informe sobre la enseñanza de la Historia en las universidades alemanas, encargado por las autoridades de la Universidad de La Plata. En dicho informe, Quesada comenta con detalle las características de los seminarios del profesor Otto Hintze participante de la mencionada publicación. Ver: ERNESTO QUESADA, *La enseñanza de la Historia en las Universidades Alemanas*, La Plata, Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, 1910, pp. 301-313. Sobre la experiencia universitaria alemana de Quesada y su contacto con los catedráticos mencionados ver: THOMAS DUVE, "El contexto alemán del pensamiento de Ernesto Quesada", en: *Revista de Historia del Derecho*, N° 30, Buenos Aires, 2002, pp.175-199.

²⁰ ERNESTO QUESADA, *La actual civilización germánica*, pp.10-11.

²¹ *Ibidem*, p. 8.

El espectáculo singularísimo que presenta la opinión pública y la prensa en la Argentina, con motivo de la presente guerra, demuestra que la influencia intelectual alemana no ha penetrado lo suficiente en el país, fuera de algunos núcleos reducidos pues la gran masa mira los sucesos con lentes franceses y jura sólo sobre las afirmaciones anglo-francesas: de ahí la inexplicable parcialidad en la presente contienda²².

El consentimiento social a favor de la Entente tendría para Quesada su origen en la educación ciudadana anterior a la guerra, difundida por la escuela en defensa de un arco axiológico que reporta a los valores sostenidos en Francia a partir de 1789. Quesada invierte entonces los términos de las argumentaciones que han hecho circular los publicistas, los hombres de la cultura y los periódicos partidarios de la Entente. Construye la figura de los aliados confiriéndole rasgos de inmoralidad tales como inmolarse en el frente de guerra a los soldados reclutados en las colonias. Aunque percibe la guerra como una tragedia que excede el marco de las trincheras, su mirada se torna más pesimista cuando observa la destrucción de la comunidad intelectual y cultural europea común, que operaba de faro de la comunidad científica e intelectual local. En ese contexto, la probable desaparición de numerosas estructuras institucionales europeas que promovían la circulación de ideas significaba en los ojos de este intelectual, aniquilar los soportes que mantenían vivas las relaciones culturales entre los pueblos²³:

Nosotros, en la República Argentina, tenemos que mirar con horror y pena la actual contienda, porque probablemente sobrevendrá un período de estagnación y atraso en el cultivo de los conocimientos humanos, por la destrucción de tanto elemento de estudio acumulado, la pérdida de vida de tantos hombres de ciencia, el aplastamiento fatal de la energía de aquellos países que, hasta ahora, marchaban a la cabeza de la civilización y cuyos pasos nos esforzábamos por seguir²⁴.

²² ERNESTO QUESADA, "El 'peligro alemán' en Sudamérica", p. 34.

²³ Ernesto Quesada, junto con su padre Vicente Quesada, fue creador de instituciones culturales para fomentar la circulación de ideas y crear ámbitos favorables a la sociabilidad cultural. Ambos consideraban que el campo de las ideas era un terreno neutral para crear vínculos de solidaridad y amistad entre los países y pueblos. Ver: PABLO BUCHBINDER, *op.cit.*, p. 85.

²⁴ ERNESTO QUESADA, *La actual civilización germánica...*, *op.cit.*, p. 12.

Sin embargo, y a pesar de la explícita condena de la guerra, sus argumentos no se encaminan a enarbolar una postura pacifista, más bien tienen como objetivo demostrar que los dos bandos enfrentados están en un pié de igualdad en lo que a responsabilidad se trata. Las pretensiones comparativas de su ensayo lo ubican en el conjunto de pensadores que miran la guerra y construyen su criterio de autoridad a partir del saber científico, pues en su discurso quienes tienen que dar cuenta de sus argumentos son los herederos de la Revolución Francesa que tras el dogma del igualitarismo pretenden acallar las peculiaridades culturales. Llegado a este punto, la pregunta que es pertinente hacerse es contra qué posiciones está debatiendo Quesada y cuáles son las representaciones que usa para rebatirlas. A poco de comenzar la contienda, la invasión alemana de Bélgica devino un recurso utilizado por ambos bandos para justificar sus acciones. En los países combatientes, los gobiernos y las estructuras oficiales jugaron un rol importantísimo en la empresa de estimular las “culturas de guerra” que elaboraran la construcción de la imagen del enemigo —la cual se difundiría por los países neutrales— y consolidaran la unidad nacional²⁵. El hecho bélico fue asumido como una guerra de valores dentro de los cuales estaban incluidas las ideologías imperantes en los estados beligerantes²⁶. En Francia el discurso dominante describía no sólo la defensa de la patria sino la de los valores universales de la Revolución Francesa. De la misma manera, Gran Bretaña, organizaba una cruzada en defensa del cumplimiento de las leyes internacionales y de las pequeñas naciones²⁷. Por lo tanto para los aliados, lo que estaba en juego era lo que ellos denominaban la “civilisation”, es decir, un conjunto de normas de comportamiento establecidas, amparadas en las ideas democráticas y liberales. En la senda de justificar esta posición y de demonizar al enemigo, los aliados justificaron el conflicto aduciendo que luchaban contra la bar-

²⁵ Según STEPHAN AUDOIN-ROUZEAU y ANNETTE BECKER el concepto “cultura de guerra” remite a todo los campos de representación de la guerra forjados por sus contemporáneos, en CHRISTOPHE PROCHASSON, 14-18. *Rétours d'espériences...* op.cit., p. 58.

²⁶ JOHN HORNE y ALAN KRAMER, 1914. *Les atrocités allemandes. La vérité sur les crimes de guerre en France et en Belgique*, Paris, Tallandier, 2005, p. 409.

²⁷ *Ibidem*, p. 410.

barie alemana encarnada en la “kultur”. En Alemania, los intelectuales conservadores consideraron igualmente la guerra como un momento clave para su identidad nacional. Contra los modelos occidentales de liberalismo, ellos afirmaban que los valores espirituales asociados a la “kultur”, tales como la peculiaridad lingüística y el sentido catártico de la guerra, expresaban un ideal superior de libertad²⁸.

Ahora bien, Quesada se propone demoler los argumentos difundidos por la Entente para denostar a Alemania y abrazados como propios por la mayoría de los intelectuales argentinos, los periódicos y la opinión pública. Embarcado en ese rumbo, en su artículo titulado *La actual civilización germánica y la presente guerra* se formula la siguiente pregunta: “¿Qué significa, del punto de vista de la civilización mundial, la cultura alemana en la hora actual?”. Las imágenes que Quesada construye para dar respuesta a su propia pregunta, traslucen una maniobra discursiva para asimilar el bagaje cultural alemán al patrimonio civilizatorio europeo. Su ensayo, escrito a modo de alegato defensivo replica las acusaciones puestas en circulación por quienes defienden la causa de los aliados, acerca de la responsabilidad de la ciencia alemana en el proceso de deshumanización, tópico que desde 1910 formaba parte de las acusaciones que los intelectuales franceses proferían contra la ciencia y el progreso en su expresión germana²⁹. El inventario minucioso que Quesada exhibe sobre los adelantos científicos alemanes tiene como objetivo anudar la noción de civilización a las manifestaciones materiales de la ciencia, porque éstas debían ser interpretadas como soporte de las configuraciones simbólicas de la cultura alemana vinculadas al progreso y al bienestar. Esta era la lectura correcta para desactivar los mensajes explícitos o su-

²⁸ *Ibidem*, p. 410. Para constatar este argumento directamente en la pluma de un intelectual alemán contemporáneo de la guerra, ver: ERNEST TROELTSCH, “El espíritu de la cultura alemana”, en: AA.VV. *Alemania y la Guerra europea*. T. 1, pp. 261-304. Para un abordaje más amplio del significado de los conceptos “cultura” y “civilización”, *cfr.* Norbert Elías, “Sociogénesis de la oposición entre ‘cultura’ y ‘civilización’ en Alemania”, en: *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, 3ª edic., México, FCE, 2009, pp. 83-113. También *cfr.* WOLF LEPENIES, *La seducción de la cultura en la historia alemana*. Madrid, Akal, 2008, pp. 7-15.

²⁹ CHRISTOPHE PROCHASSON, 14-18. *Rétour d'expériences... op.cit.*, p. 284.

bliminales de la propaganda aliada, que declaraba a la ciencia alemana tributaria del militarismo prusiano. La figura de las atrocidades alemanas difundidas por los periódicos partidarios de Francia e Inglaterra era en su configuración, una parte constitutiva de la guerra, tan cruel como la que los ingleses habían llevado a cabo en el Transvaal³⁰. Si en el frente de guerra la ciencia alemana se había traducido en conductas asimiladas a la fuerza y la virilidad, en la sociedad civil el desarrollo de la técnica habría disciplinado el espíritu de todo el arco social. Alemania era parte de la civilización porque habría cultivado una faceta científica capaz de elevar el nivel de su vida material sin abjurar del contenido moral. Para Quesada, los desbordes en el campo de batalla no eran exclusividad de una identidad nacional determinada porque la circunstancia extrema de la guerra ponía a prueba en un pié de igualdad, a la condición humana misma sin distinción de nacionalidad.

Se trataba entonces, de defender a Alemania tanto de las acusaciones elaboradas por los hombres de la cultura aliada como del molde pangermanista, cuyos principios habían calado hondo en los sectores populares alemanes y habían generado antipatía y rechazo en la opinión pública de los países neutrales³¹. La noticia de la destrucción de Lovaina y del fusilamiento de civiles belgas había recorrido el mundo y había logrado que la opinión pública de los países neutrales considerara a Alemania como la única culpable de la guerra. La brutalidad de la operación militar parecía ser la verificación del enunciado del pangermanismo. Pero Quesada hace una lectura depurada de los mecanismos sociales y comunicacionales que la guerra había puesto en juego, cuando detecta el papel fundamental que jugaba la prensa y los otros medios de comunicación como el

³⁰ ERNESTO QUESADA, *El "peligro alemán" en Sudamérica... op.cit.*, p. 36.

³¹ En el transcurso del siglo XIX, las naciones de Europa central y oriental, que carecían de posesiones coloniales y cuya esperanza de expansión ultramarina era escasa, decidieron por entonces que tenían los mismos derechos que los otros pueblos europeos y que si se les negaba esa posibilidad en ultramar, obtendrían esas posesiones en el continente europeo. Bajo este principio, el pangermanismo sostuvo el derecho de ocupar los territorios europeos habitados por alemanes. JOAQUÍN ABELLÁN, *Naciones y Nacionalismo en Alemania. La "cuestión alemana" (1815-1990)*, Madrid, Tecnos, 1997, pp. 114-117.

cableado telegráfico monopolizado por empresas británicas, en la guerra de palabras que se libraba a la par de las trincheras. La difusión de la información antes y durante la contienda fue un dispositivo vital en la construcción del enemigo por su efecto multiplicador. La figura de las “atrocidades alemanas”³² construida por la prensa británica reducía al adversario a la condición de asesino, algo así como un combatiente que no estaba a la altura de alguien que peleaba en un conflicto digno, o lo que es peor, practicaba una guerra de bandidos³³. La lucha por desacreditar al adversario a la vista del público de los países neutrales desplegó una guerra simbólica donde Alemania encaró una empresa de justificación de poca eficacia frente a las acusaciones que la hacían responsable del sufrimiento de miles de civiles, víctimas de prácticas de guerra que violaban los códigos de honor³⁴. En ese contexto dominado por el juego del rumor, donde los fantasmas acerca del carácter brutal de los soldados alemanes jugaban un papel vital para capturar la voluntad del público de los países neutrales, Quesada descubre una guerra simbólica, de representaciones, donde las atrocidades alemanas también ofrecen un cuadro de entendimiento para que los contemporáneos encuentren una significación al conflicto que viven. La embestida británica por controlar unilateralmente la información que llega a los países neutrales apunta a instalar en el imaginario social una forma maniqueísta de ver la guerra. La singularidad del análisis de Quesada radica en advertir que en la guerra librada a través de la manipulación de las noticias, Alemania está en inferioridad de condiciones, pues la caja de resonancia provista por la difusión de los valores anglo-franceses instalados mucho tiempo atrás en la opinión pública, daba sus frutos en el momento en que la toma de posición era ineludible. El intelectual anticipaba así una clave de lectura que más tarde sería objeto

³² John Horne y Alan Kramer distinguen el significado de la expresión cuando la misma está enmarcada entre comillas o sin ellas. Cuando se habla de *atrocidades alemanas* se hace referencia a la violación comprobable de las acciones alemanas que violaban las reglas contemporáneas de la Convención de La Haya de 1907. La misma expresión entre comillas “atrocidades alemanas” remite a la construcción de un significado que los aliados utilizaban para deshumanizar al enemigo. JOHN HORNE y ALAN KRAMER, *op.cit.*, pp. 31-32.

³³ CHRISTOPHE PROCHASSON, *14-18. Retours d'expériences... op.cit.*, pp. 100-114.

³⁴ *Ibidem*, pp. 115-116.

de análisis de un especialista en problematizar el método de estudio de la historia: en la senda de explorar las distintas dimensiones que puede adquirir una “noticia falsa”, Marc Bloch demostraría que la misma se reviste de verosimilitud cuando en la sociedad receptora hay una predisposición cultural que favorece su difusión³⁵. Para Quesada, la correcta recepción de esa información encriptada, sólo puede ser descifrada por “el estudioso, acostumbrado a separar la paja del grano con la zaranda de la crítica”³⁶. Los términos “opinión entendida” y “estudioso” contrapuestos a “la generalidad de las gentes” y “gran masa” utilizados para etiquetar a los consumidores de información, infieren cierto desprecio por la gente común y una actitud complaciente por la función paternalista que le compete a los intelectuales en la sociedad. Esa diferenciación también opera como un tiro por elevación dirigido a sus pares argentinos defensores de la Entente, en el que Quesada construye una autoimagen de intelectual “estudioso”, en cierta manera “superior” a aquellos que lejos de leer la guerra con ojos críticos lo hacían a través de la mirada de su diario preferido, lo que en otros términos significaba no ejercer correctamente la función de intelectual.

En la misma dirección que lo lleva a buscar respuestas acerca de la escasa simpatía que Alemania despierta en Argentina durante la guerra, es interesante destacar que el agudo observador que es Quesada afirma que la imagen distorsionada que la opinión pública tiene sobre Alemania, se debe entre otras causas, a una debilidad en la forma de transferencia cultural de Alemania, vinculada a su escasa experiencia en el campo de circulación del capitalismo mundial. Al respecto comenta:

Eso no habría sucedido [la superioridad que Gran Bretaña manejaba en el plano de las relaciones e influencias culturales] si Alemania se hubiera dado cuenta a tiempo de que no basta competir con otras naciones en el terreno estrictamente mercantil, sino que es menester aproximarse al alma nacional del país cuyo comercio se ambicione, hacerse conocer y apreciar, estrechando

³⁵ *Ibidem*, p. 109. También ver: PIERRE BARRAL, “Les cahiers de Louis Barthas”, en: SYLVIE CAUCANAS et Rémy Cazals (dir.), *Traces de 14-18*, Actes du Colloque de Carcassonne, Les Audois, 1997, pp. 21-30.

³⁶ ERNESTO QUESADA, *El peligro alemán... op.cit.*, p. 8.

las relaciones intelectuales. Es decir, buscar —como lo están haciendo ahora los Estados Unidos— el fin económico por el factor de la cultura social y no por la acción diplomática de la política o por el exclusivo esfuerzo del comercio³⁷.

La crítica a las deficiencias en las formas de transferencia cultural alemanas contiene una consideración que en espejo, refleja su preocupación acerca de las falencias del estado argentino en las tareas de estímulo y promoción de las instituciones culturales. Según Pablo Buchbinder Quesada pensaba los vínculos diplomáticos estrechamente vinculados con los científicos y literarios, a la vez que afirmaba la necesidad de fundar las relaciones diplomáticas sobre la base de relaciones culturales previas, tales como el conocimiento mutuo de hábitos, costumbres e ideas que permitían construir alianzas duraderas, y romper el aislamiento de los países de Latinoamérica³⁸.

Si como antes mencionamos, muchas de las construcciones que Quesada elabora sobre Alemania durante la guerra remiten a un contacto previo con sus instituciones y su cultura, es en la imagen de superioridad civilizadora donde encuentra su más acabada expresión. Como ya comentamos, el contacto con el sistema educativo alemán había tenido lugar cuando en 1908, siendo profesor titular de Sociología en la Universidad de La Plata, Quesada fue encomendado por el decano de la Facultad de Ciencias sociales de esta institución, Rodolfo Rivarola, para efectuar un recorrido por las universidades alemanas y confeccionar un informe acerca de la enseñanza de la Historia. Fue a través de su prolongada estadía en Alemania donde Quesada entró en contacto con los catedráticos universitarios muchos de los cuales, en 1914, rubricarían el Manifiesto de los Noventa y Tres y contribuirían a convalidar con sus argumentos la posición alemana en la guerra, a través de su participación en el libro antes mencionado³⁹. El contacto con aquellas instituciones en su experi-

³⁷ *Ibidem*, p. 35.

³⁸ PABLO BUCHBINDER, *op.cit.*, p. 101.

³⁹ Como comentamos anteriormente, Quesada conoció a los historiadores Karl Lamprecht y Otto Hintze, ambos suscriptores del Manifiesto de los 93, durante el tiempo que permaneció

mentado papel de profesor universitario, lo acercaron a Quesada a un modelo académico que le despertaba admiración pues privilegiaba lo científico y cultural por sobre lo profesional. Según Pablo Buchbinder, el modelo universitario alemán centrado en la investigación científica y muy comprometido con la creación cultural, constituía en la mirada de Quesada, el modelo más afín con las necesidades de la Argentina, que estaba experimentando un desarrollo material extraordinario sin un desenvolvimiento cultural afín, lo que podría conducir a la sociedad a transformarse en una especie de factoría comercial en desmedro de la nación⁴⁰. Aquel informe asumió finalmente el formato de un libro de 800 páginas, cuyas características de edición calcan algunas marcas del lugar excepcional del que gozaba Quesada en el plano institucional⁴¹. En el informe construyó su objeto bajo la influencia del pensamiento de la cultura científica. Su procedimiento en el texto es sistemático: recoge información y la exhibe, privilegiando en muchos casos la información cuantitativa. En ese contexto no es extraño que Quesada admirara el prestigio del que gozaban los catedráticos alemanes, sobre todo cuando eran elevados a la categoría de modelos sociales, si sus aportaciones intelectuales “cambiaban la ima-

en Alemania para confeccionar el informe sobre la enseñanza de la Historia en sus universidades. Para constatar el contacto que Quesada había tenido con los mencionados catedráticos en sus tiempos de estudiante ver: THOMAS DUVE, *op.cit.*, pp. 179-180. Para el contacto y la influencia que ejerció Lamprecht sobre Ernesto Quesada ver PABLO BUCHBINDER, *op.cit.*, pp. 200-204.

⁴⁰ *Ibidem*, pp.192-193

⁴¹ Las tapas del libro son de cuero y en la página que sigue a la portada dice: “Este libro no será puesto a la venta. La Universidad de La Plata hace una edición de 1000 ejemplares de distribución privada. Además se han impreso por cuenta del autor 500 ejemplares con su retrato”. El retrato es una fotografía de cuerpo entero, de pie, con la mirada en un punto de fuga que la cámara no puede tomar; su mano izquierda se esconde en el bolsillo del pantalón de un fino traje, en cuyo chaleco asoma una cadena que sostiene un reloj. Tomada por un fotógrafo profesional —como era la usanza de la época— sobre un fondo que simula ser un cielo nublado, es obvio que esta producción responde a una colocación social e institucional a la que pocos tenían acceso. Por otra parte, el uso de la fotografía estampada en el libro, habla sobre el escritor como una figura modelada por la curiosidad del mercado. ERNESTO QUESADA, *La enseñanza de la historia en las universidades alemanas*, La Plata, Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, 1910. Ver también BEATRIZ COLOMBI, “Camino a la meca: escritores hispanoamericanos en París (1900-1920)” en: CARLOS ALTAMIRANO (dir.), *Historia de los Intelectuales... op.cit.*, pp. 544-566.

gen del mundo contemporáneo”⁴². El contenido del libro revela deslumbramiento por la configuración curricular de aquellas universidades donde los vínculos entre investigación y enseñanza traslucen el culto que una sociedad en plena expansión industrial le rendía a la ciencia y sobre todo por el lugar encumbrado que ocupaban los catedráticos, por el mecanismo de consagración que significaba pertenecer a la Universidad:

La competencia entre profesores es, precisamente una de las más poderosas palancas del progreso universitario germánico, porque se controlan recíprocamente; el que ha adquirido mayor reputación y ve su aula llena tiene que esforzarse por defender su situación porque sus rivales redoblan su esfuerzo y la menor debilidad lo derriba del pedestal. Además, cuanto mayor sea su reputación como profesor, más solicitados se encuentran por los editores para publicar sus trabajos y más proficua es la remuneración que por éstos obtienen, ya que el público compra en el acto sus obras: En Alemania, en efecto, casi no hay sabio fuera del mundo universitario, pues si alguno de afuera adquiere notoriedad de tal, en el acto lo incorporan al cuerpo de profesores⁴³.

Al describir los mecanismos de consagración que se despliegan en el mundo académico alemán, Quesada reproduce una imagen de confianza en la capacidad que tienen las élites intelectuales para liderar los procesos de modernización y progreso que contemplan la presencia de los sectores populares sin renunciar a las jerarquías, y luego trasluce su adscripción a las universidades como ámbito de consagración individual y usina del conocimiento⁴⁴. Merece especial atención la construcción que Quesada edi-

⁴² CHRISTOPHER CHARLE, *Los intelectuales en el siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI, 2000, pp. 128-129.

⁴³ ERNESTO QUESADA, *La enseñanza de la Historia...*, p. 311.

⁴⁴ No resulta extraño que Quesada se sintiera deslumbrado por los mecanismos de consagración que se desplegaban en el mundo académico alemán, pues en la Argentina se estaba operando a principios del siglo XX una transformación notable en el campo intelectual del cual él era protagonista. Las fuentes de autoridad intelectual ya no radicaban exclusivamente en la nobleza literaria, el ejercicio del periodismo o los debates parlamentarios que habían conferido estatura cultural a la elite de fines del siglo XIX. A principios del siglo XX, hombres como Quesada, Juan Agustín García, Rodolfo Rivarola y Nicolás Matienzo, reivindicaban otros títulos de prestigio intelectual como “el saber de la ciencia y la erudición profesoral”, ambos, capitales simbólicos constituidos a partir del cultivo de la sociología que se estudiaba y se dictaba en el ámbito de la Universidad. Ver CARLOS ALTAMIRANO, “Entre el naturalismo y la psicología: el

fica acerca de cómo opera el vínculo entre el conocimiento producido en el ámbito académico y el mercado, en tanto herramienta de control. La *liaison* que genera entre prestigio intelectual, pertenencia institucional, mercado editorial y público masivo, sugiere la presencia de un dispositivo eficiente para monitorear desde su lugar predilecto, la Universidad, la lectura de difusión masiva. La admiración plasmada en la imagen de una sociedad alemana jerárquica, tenuemente democratizada y controlada desde las altas esferas intelectuales, trasladada al ámbito local, trasluce una preocupación manifiesta por una sociedad en constante transformación. La inmigración, que había llenado de extranjeros y de hijos de extranjeros las ciudades argentinas, era la consecuencia de una política inmigratoria llevada a cabo por la élite durante el último tercio del siglo XIX, con el objetivo de sumar mano de obra a las tierras conquistadas a los indios. Sin embargo, los inmigrantes llegarían en pequeña proporción al campo. El monopolio de la tierra en manos de grandes terratenientes, obstaculizaría el proceso de colonización y la radicación de los inmigrantes formaría parte del acontecer urbano⁴⁵. La nutrida población extranjera se había ido transformando lentamente en un sector obrero postergado y combativo, con sus propias demandas y agrupaciones partidarias percibidas por la élite como una amenaza a la organización, a la paz social y a la consagración de una identidad nacional que todavía estaba por definirse. Esta percepción negativa del fenómeno inmigratorio, inspiraba la construcción de una imagen ejemplar de Alemania que giraba alrededor de los valores y los métodos aplicados en las instituciones educativas. Una imagen conservadora del país del norte europeo, donde los únicos valores abstractos son Dios y Patria hace de la escuela el vehículo perfecto para modelar la personalidad de los niños que en un futuro serán trabajadores disciplinados, respetuosos del orden y dignos representantes de la nación; de ahí que Quesada afirme con tono elogioso que “la educación alemana está basada, pues, en el con-

comienzo de la “ciencia social” en la Argentina”, en: FEDERICO NEIBURG y MARIANO PLOTKIN (comp.), *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*. Buenos Aires, Paidós, 2004, pp. 31-65.

⁴⁵ EMA CIBOTTI, “Del habitante al ciudadano: la condición del inmigrante”, en: MIRTA ZAIDA LOBATO, *op.cit.*, pp. 365-407.

cepto del deber” y rescate con optimismo la educación por las cosas. La educación basada en la comprobación empírica en los talleres de oficios, en el campo y en las fábricas le proporciona al estudiante según nuestro catedrático de sociología “la mayor suma de conocimientos en la especialidad que ha escogido, y no se intenta dotarlo de una cultura general”⁴⁶. La misión civilizadora de la educación no radicaría —como en el modelo francés— en dotar a las masas de figuras que luego se tornan inmanejables para las élites, tales como el sufragio universal y las libertades individuales, sino en disciplinar a la sociedad a través del trabajo orientado al desarrollo industrial. La convicción de la educación por las cosas como fuerza civilizadora y dique de contención de las demandas sociales, se complementa con la imagen de un obrero disciplinado y asimilado al orden social diseñado por la élite como parte de mecanismo prolijo y aceitado que no muestra fisuras: “El trabajador alemán, en conjunto, forma una máquina nacional que realiza inteligente y estupenda tarea, sin aparente esfuerzo y ninguna dificultad”⁴⁷.

En dosis menores y en un formato más conceptualizado que el que había usado en el informe de 1910, en sus escritos sobre Alemania y la guerra de 1914, Ernesto Quesada apela al recurso de vincular la configuración institucional alemana y su progreso material, al rango civilizatorio que la prensa le negaba. Si la opinión pública leía la guerra con los ojos de la información británica, la operación que ensaya Quesada de homologar la cultura alemana con la civilización, podría desmentir el carácter unilateral de la información. Si la grilla comparativa no podía aplicarse a los hechos cometidos en el frente de guerra porque la información provenía de una sola fuente, había que completar los casilleros con los datos que hablaban de los pueblos en circunstancias normales:

Justicia e imparcialidad debe tenerse para ambos lados de la colosal contienda presente: más tarde, terminada que sea y publicada la documentación del caso, podrá abrirse opinión y condenar a unos o alabar a otros, pero hoy, sin

⁴⁶ ERNESTO QUESADA, *La enseñanza de la Historia... op.cit.*, p. 20.

⁴⁷ *Ibidem*, p. 48.

más datos que la información unilateral y tendenciosa del cable inglés, que únicamente transmite lo que la censura de Londres autoriza, nadie tiene derecho para pretender juzgar a las partes en lucha⁴⁸.

Otra de las imágenes que el polifacético intelectual construye sobre Alemania lleva el sello del incipiente nacionalismo cultural, surgido hacia finales de la primera década del siglo XX. Bordeando los años del Centenario, se instaló la preocupación por la desintegración de la nacionalidad como una derivación del conflicto social, que en la mayoría de los casos era leído como producto de la acción de agitadores extranjeros, más que como una consecuencia del desarrollo económico y del proceso de urbanización⁴⁹. La preocupación vernácula de una sociedad amenazada por el poder disolvente de la inmigración, inspiró la construcción de una imagen idealizada de la sociedad alemana a la luz del rol aglutinador del ejército como lugar de difusión de valores nacionales y disciplinamiento social. Las recientes inmigraciones habían servido para trabajar los campos y cambiar la fisonomía de las ciudades, pero las dos manifestaciones supremas de la comunidad, la obra del espíritu y la organización política, carecían de la fuerza necesaria para considerar a la Argentina como una nación consolidada. El hecho de analizar el papel que cumplía el ejército alemán como factor aglutinador, señala también que Quesada miraba con mucha atención a la nación que había logrado un significativo grado de fusión, crecimiento y expansión en un lapso similar al que la Argentina contaba desde la sanción de la Constitución en 1853. Aquí cabe preguntarse entonces acerca de la insistencia en destacar las virtudes de un pueblo tan ajeno y lejano a las características que destacaban en la sociedad argentina. Quesada, que vio escurrirse el proyecto alberdiano de inmigra-

⁴⁸ ERNESTO QUESADA, *La actual civilización germánica... op.cit.*, p. 51.

⁴⁹ El ideario nacionalista de principios del siglo XX cristalizó en el pensamiento de Manuel Gálvez y de Ricardo Rojas. Aunque el primero cultivó un nacionalismo hispanizante, antiliberal y xenófobo y el segundo lo hizo apoyado en los valores democráticos y laicos, ambos compartieron un objetivo en común: la misión de construir una comunidad nacional uniforme y la de contribuir a la gestación de una identidad nacional poco permeable a las peculiaridades culturales. DANIEL LVOVICH, *Nacionalismo y Antisemitismo en la Argentina*, Buenos Aires, Javier Vergara, 2003, pp. 120-122.

ción selectiva a medida que los contingentes de europeos mediterráneos iban llegando a Buenos Aires, empezaba a cuestionar los principios liberales del estado mínimo que debían ser flexibilizados dado que el mercado y las posibilidades que éste habilitaba, daban muestras de asignar prioridades a valores que ponían en juego algo tanpreciado como la nacionalidad. El ejército era una parte constitutiva de la nación en la imagen con sello nacionalista construida por Quesada. El núcleo genuino de esta imagen nacionalista de Alemania lo constituía una interpretación insatisfecha —aunque no verbalizada directamente— del papel que el estado argentino cumplía como modelador del sentimiento nacional. La ley de Servicio Militar Obligatorio de 1902, había hecho del Ejército una herramienta embrionaria para combatir el analfabetismo y transmitir hábitos de higiene e instrucción militar, pero no reunía las cualidades de agente transformador de conductas y convicciones que garantizaran la producción en serie de jóvenes argentinos identificados con la idea de nación, razón por la cual las alabanzas al ejército alemán no están dirigidas sólo a su funcionamiento estrictamente militar, sino a destacar su programa axiológico. De ahí que las expresiones más usadas para elogiar su curricula sean ejercicio, disciplina, orden, obediencia, templanza del carácter, sentimientos de honor y elevado patriotismo, lo que trasluce una marcada admiración por la presencia del estado en la construcción de la nación. Quesada había encontrado en el estado y la sociedad alemana datos que en espejo le permitían reflexionar sobre su propia realidad.

Las imágenes sobre la guerra y el lugar ocupado en ella por Alemania subrayan la existencia de un diagnóstico meditado sobre el rol vital que desempeñaban los medios de comunicación en la manipulación de la opinión pública a la hora de pensar estrategias para alcanzar la victoria. Esas mismas imágenes construyen un criterio singular que le atribuyen a Alemania haber tenido escasa capacidad para comprender que el proceso de exportación de capitales que había iniciado en el siglo XIX, debía haber sido acompañado por una cuidada exportación de su cultura. A su vez, la tarea asumida para contrarrestar la percepción negativa que la mayoría de los integrantes de la comunidad intelectual local tenía sobre Alemania,

se materializa en imágenes discursivas que pretenden ensamblar las expresiones de la cultura alemana encarnadas en las instituciones educativas y militares, con el concepto europeo de civilización. La prédica de Quesada por hacer de Alemania un modelo, remite a preocupaciones autóctonas derivadas de la constante transformación que producía el fenómeno inmigratorio. Pues bien, la guerra era la ocasión para repensarlas. En su traducción política, aquellas imágenes bregaban por hacer de la escuela y del ejército instituciones que modelaran al futuro ciudadano argentino como un hombre disciplinado y un patriota abnegado, mientras le conferían a los catedráticos de la Universidad —como él— un lugar de privilegio en el delineado del proceso que incluía combinar el avance de la Argentina en la senda de la modernidad en consonancia con las transformaciones sociales.

EL COLONIZADOR BIOLÓGICO Y CULTURAL

El pronunciamiento de Quesada frente al conflicto europeo no conoció tibiezas. Lo concibió como un drama de la humanidad aunque eso no lo inhibió de tomar partido. Sin embargo, la alarma que manifestaba por el derrumbe de las instituciones culturales y la destrucción de las fuentes de conocimiento devenía optimismo a la hora de contrastar la realidad nacional con la sociedad alemana, en una operación que es interesante desbrozar. Como comentamos anteriormente, uno de los artículos de Quesada acerca del papel de Alemania en la guerra se titula *El “peligro alemán” en Sudamérica*. En dicho artículo, Quesada refuta la propaganda franco británica acerca de que Alemania tenía ambiciones de expansión territorial en Sudamérica. A su vez, especula con los beneficios que le traería a la Argentina la llegada de inmigrantes alemanes. Por lo tanto nuestro interés en este plano se concentra en dilucidar a quien interpela sobre los beneficios que le aportarían a la Argentina la instalación de inmigrantes alemanes y cuáles son los problemas que vislumbra en la sociedad argentina, que podrían atenuarse con el aporte inmigratorio germano. Por otro lado, cabe preguntarse si en verdad su confianza en el papel de Alemania en la guerra es tan rotundo, teniendo en cuenta que

afirma: “lo casi seguro es que la guerra europea, a la larga, cause una copiosa emigración de gentes y capitales a la Argentina”⁵⁰. Este tópico nos demuestra que el mundo de ideas y creencias que habitaba en Quesada no estaba exento de tensiones, pues el tono optimista que utiliza para hablar de la posible llegada de inmigrantes alemanes a Argentina como consecuencia de la guerra, pone a prueba sus propios presagios sobre la posibilidad de que los logros en el plano de la cultura se materializaran en el triunfo alemán en el campo de batalla. Dicho de otra manera, su confianza en que el espíritu alemán vencería en la guerra por la superioridad que había desplegado en el plano de las instituciones y de la educación, se desdibujaba en el instante en que especulaba con que la Argentina absorbería una parte del capital humano que saldría de Alemania [derrotada] al finalizar la contienda. Pero además con esa inquietud por incorporar alemanes a la sociedad argentina, convivía la ya mencionada percepción negativa del impacto que había producido en nuestra sociedad la experiencia inmigratoria, mayoritariamente latina, atenazada a otra preocupación que había ocupado un amplio espacio en sus escritos anteriores: definir la identidad nacional. Su mirada sobre la asimilación de los inmigrantes latinos en la sociedad presentaba un problema bifronte a saber: que lo autóctono carecía de rasgos definidos y, a su vez, los extranjeros en el afán por conservar los suyos propios, le inyectaban su influencia a la sociedad diluyendo de esta manera la posibilidad de una amalgama que sintetizara a ambas, o lo que es peor, que el resultado de la amalgama estuviese lejos de lo esperado. No olvidemos además, que la figura del inmigrante está fuertemente asociada a la “cuestión social” que fue para Quesada una preocupación temprana. La última década del siglo XIX y la primera del siglo XX, habían sido muy agitadas en lo que se refiere a los reclamos obreros envueltos en manifestaciones de violencia, donde no faltaron las huelgas, la represión y los asesinatos. Frente a la “cuestión social” la élite dirigente respondió con una actitud ambivalente, producto de los diferentes enfoques e intereses de sus miembros. Por un lado estaban los que, sintiéndose representados por el elenco go-

⁵⁰ ERNESTO QUESADA, *El peligro alemán... op.cit.*, p. 72.

bernante, negaban directamente la existencia de problemas sociales y se mostraban partidarios de la represión sin más. Del otro estaba aquella corriente más renovadora que venía gestándose hacía tiempo en el seno de la élite y nucleaba tanto a sectores genuinamente preocupados por producir algún alivio en los problemas sociales, como a aquellos que recomendaban tomar medidas como medio preventivo⁵¹. Aunque a simple vista, la destinataria de las intervenciones de Quesada durante la contienda parece ser la opinión pública, la exposición de datos históricos para corroborar sus argumentos, el lenguaje pulido y la exhibición del conocimiento sobre las relaciones internacionales, denotan que el sujeto interpelado es el hombre de poder, aquel que tanto en el plano de las ideas como en el de la política custodiaba el modelo diseñado por la elite en la segunda mitad del siglo XIX. En este contexto, pareciera que su objetivo está más vinculado a ensamblar la formación de la opinión pública con las clases dirigentes, a través de una prédica que trata de ofrecer algunas respuestas alternativas a problemas sociales que ameritan soluciones políticas. Hacía ya algún tiempo que Quesada venía manifestando su preocupación por el escaso compromiso que el estado asumía con la cuestión obrera. En 1906 y 1907, investigaba la cuestión obrera en el marco de la Universidad Nacional de La Plata, en la que había sido designado profesor titular de Economía Política, en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales. En una conferencia en dicha Universidad se pronunciaba⁵²:

Hasta los más indiferentes se dan cuenta de que se encuentran en presencia de un problema social y económico que no es posible solucionar con el típico procedimiento criollo, a poncho limpio, sino que es menester estudiar en sus diferentes aspectos, porque el asunto es complejo, delicadísimo, e interesa al orden social entero⁵³.

⁵¹ RICARDO GONZÁLEZ, *Los obreros y el trabajo. Buenos Aires, 1901*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1984, p. 10.

⁵² TEODORO BLANCO, *Sociología e Historia en torno al centenario*, Buenos Aires, Biblos, 2009, p. 52

⁵³ ERNESTO QUESADA, "La cuestión obrera y su estudio universitario. Extensión universitaria, conferencias de 1907 y 1908", La Plata, UNLP, 1909, en: TEODORO BLANCO, *op.cit.* p. 53.

En 1914, Quesada exhumaba la discusión sobre la responsabilidad del estado como red normalizadora de la sociedad. La incorporación de inmigrantes alemanes tendría la misión de inyectarle a esta sociedad, aún voluble, el elemento humano que operaría como dispositivo disciplinador que garantizaría el orden futuro. Unas cuantas palabras y frases clave en su discurso, conforman el lenguaje que define las virtudes del trabajador alemán por obra del estado: educación obligatoria, aprendizaje obligatorio, instrucción manual obligatoria, el trabajador alemán como una maquinaria nacional que realiza estupenda tarea, disciplina, por mencionar sólo algunas de las más relevantes⁵⁴. Mirando la sociedad argentina en espejo con la alemana, había llegado el momento propicio para que la dirigencia argentina redireccionara la mirada que décadas atrás había calcado del modelo de la III República francesa. Llegado a este punto, y de cara a la apología que Quesada hace del modelo alemán, cabe preguntarse —tal como lo hizo Ronen Man respecto de Estanislao Zeballos— si se puede conciliar la contradicción de buscar elementos autóctonos que fortalezcan a la nación y a la vez procurar introducir cualidades de lo propio desde el exterior, y luego refiriéndonos específicamente a Quesada, como se concilia el hecho de procurar introducir cualidades de lo propio desde un modelo exterior tan ajeno como el modelo alemán, cuando lo propio resulta de amalgamar lo autóctono con aportes del exterior que parecían debilitar lo propio⁵⁵. La respuesta por un lado, remite a la oportunidad que planteaba la guerra, que a sus ojos, venía a embadurnar los cómodos y fluidos carriles por los que la élite dirigente creía que la Argentina circulaba hacia la modernidad. Sólo un cimbronazo como la guerra, haría que la clase dirigente viera tensado el goce hegemónico de un entramado político, social y económico por ellos tejido, y observara con preocupación las señales que daban quienes habían quedado excluidos, desde el momento mismo del proceso constitutivo, de beneficios materiales y simbólicos transfor-

⁵⁴ ERNESTO QUESADA, *La actual civilización germánica... op.cit.*, pp. 48-50.

⁵⁵ RONEN MAN, “Raza, herencia y tradición en los escritos de Estanislao Zeballos. Una revalorización hispánica en clave de autoctonía”, en: SANDRA FERNÁNDEZ y FERNANDO NAVARRO (comps.), *Scribere est Agere. Estanislao Zeballos en la vorágine de la modernidad argentina*, Rosario, Quinta Pata & Camino Ediciones, 2011, pp. 203-225.

mándose a los ojos de la élite en un diluyente del orden y los valores custodiados. Si como ya dijimos, una parte significativa de la élite negaba la gravedad del problema y se mostraba partidaria de la represión, Quesada cree que ha llegado el momento de tomar medidas para evitar males peores. Sólo un estado activo podía encarar semejante transformación. Según Pablo Buchbinder, en la perspectiva de Quesada, la sociedad desplegaba más capacidades para resolver sus propios problemas que el accionar del estado. A pesar de que esta convicción se habría empezado a atenuar a principios del siglo XX, —luego de una larga estadía de Quesada en Australia⁵⁶ donde habría observado positivamente algunos experimentos en los que aparecía la acción directa del estado para resolver problemas sociales— Buchbinder sostiene que Quesada estaba convencido de la necesidad de limitar y contener las esferas de influencia del estado⁵⁷. Sin embargo, se podría señalar que esas conclusiones de Buchbinder no abarcan como contexto de reflexión los escritos de Quesada durante la guerra, por lo tanto estaríamos en condiciones de afirmar que analizando elípticamente la realidad argentina como reflejo de los acontecimientos europeos, Quesada manifiesta una expresa confianza en las soluciones que puede aportar el estado a los problemas sociales derivados de las desigualdades que provoca el capitalismo⁵⁸. La apelación al poder se pone de relieve en la persistencia en analizar la “cuestión social” alemana, invocándola con el mismo apelativo con el cual se identificaba la problemática obrera en la Argentina. A su vez, la puesta de la experiencia alemana se despliega en una sintonía política donde la neutralización de los conflictos sociales habría sido el resultado de un estado dispuesto a conceder antes, para capitalizar después:

De ahí que la cuestión social, en Alemania, sea teóricamente un problema soluble, pues la práctica del funcionamiento de la legislación obrera cada día va acercándose a una solución definitiva. Y eso ha sido iniciativa del empe-

⁵⁶ Sus impresiones sobre la experiencia australiana quedaron plasmadas en un artículo publicado en 1913 en la *Revista Argentina de Ciencias políticas*. Ver: PABLO BUCHBINDER, *op.cit.*, p. 172.

⁵⁷ *Ibidem*, pp. 172-173.

⁵⁸ ERNESTO QUESADA, *La actual civilización germánica... op.cit.*, pp. 48-50.

rador y se ha realizado debido a su empeño y tenacidad, pues los elementos conservadores se opusieron — y aún se oponen — a lo que consideran un peligrosísimo experimento social. Pero los hechos han dado la razón al Kaiser: el pueblo ha comprendido y de ahí que, en el momento del peligro exterior, todos se hayan agrupado, sin excepción alguna, a su alrededor⁵⁹.

Pensar la propia realidad a la luz de un acontecimiento de semejante dimensión, significaba intentar obturar las fisuras que había dejado la élite tradicional, en su vano intento por consolidar un poder hegemónico cuando había encarado la tarea organizativa del estado, varias décadas atrás. Pero además, por la cabeza de Ernesto Quesada rondaba el fantasma de las pretensiones expansionistas norteamericanas en Latinoamérica expresada en la Doctrina Monroe y de los ya viejos privilegios que los británicos habían obtenido en las economías de las nuevas repúblicas, durante el lento proceso de retirada del Imperio Español. Su padre —que había formado parte de la delegación Argentina en la Primera Conferencia Panamericana en 1889 en Washington— había denunciado en términos luego muy difundidos las pretensiones norteamericanas⁶⁰. Cuando Quesada escribió los artículos referidos a la guerra, Estados Unidos aún no había entrado en la misma, pero sus ojos veían que la política exterior ensayada hasta la fecha, había dado sobradas muestras de que el país del norte arremetería agresivamente en Latinoamérica una vez finalizada la contienda a la vez que vislumbraba un futuro orden económico desfavorable para la Argentina, por cuanto Estados Unidos no compraba a las naciones a las que vendía. La llegada de capitales y tecnología alemana a América Latina, operaría como valla de contención a la disputa bilateral entre los países sajones, a la vez que cumpliría funciones pedagógicas en lo referente a los caminos que la Argentina debía recorrer para ingresar de manera definitiva en la dinámica del progreso y la modernización. El

⁵⁹ *Ibidem*, p. 50.

⁶⁰ “La América para los americanos quiere decir en buen romance: la América para los yankees, que suponen ser destinados manifiestamente a dominar todo el continente hasta Magallanes. Ellos, ¡Dios sea loado!, están felizmente lejos, para el bienestar y la tranquilidad del Río de la Plata” Estudio preliminar de Larraya Pagés a Vicente Quesada, “*Memorias de un viejo*”, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1990, pp. 80-83.

énfasis en destacar la misión civilizadora que los inmigrantes alemanes venían desarrollando en América Latina, aspira a apaciguar el registro negativo que la opinión pública tenía sobre el pueblo germano, derivado de la difusión de las “atrocidades alemanas” que los medios afines con los aliados se esmeraban por difundir⁶¹. El reporte de ciudades y pueblos arrasados, mujeres y niños apuñalados, casas asaltadas, museos saqueados y bibliotecas incendiadas, podía contrarrestarse con la representación que suponía al pueblo alemán como una nación trabajadora y disciplinada por naturaleza. Por otro lado, no hay que olvidar el peso de un criterio que recorría la mente de muchos intelectuales de ese tiempo, es el peso de la cuestión racial. El clásico precepto iluminista del siglo XVIII, que supone al psiquismo como una tabula rasa, donde el medio y la educación van imprimiendo los rasgos de la cultura, era cuestionado por el biologismo, que constituyó un modelo explicativo cuyo supuesto consiste en atribuir a la raza una fuerza determinante en las capacidades psicológicas y morales⁶². La convicción de que algunos problemas sociales tenían raíces biológicas, describía un panorama que necesitaba soluciones del mismo rango: incorporar alemanes a la sociedad argentina podía significar un “elemento conservador inapreciable”, por sus “excelentes condiciones de trabajo, su seriedad, su tesón y su cultura” y por ser el “elemento más tranquilo y que menos gusta de revoluciones y desórdenes”⁶³. Quesada percibe en el inmigrante alemán un ser manso, trabajador infatigable, fácilmente adaptado al nuevo entorno, naturalmente capaz de inocular dichas cualidades a sus descendientes por la fuerza de la sangre y diluir con su influencia las tendencias levantiscas presentes en la sociedad argentina. Esta explicación que suscribe a fundamentos raciales, también estaría suscitada, aunque en parte, por otra forma de explicación vinculada a su pensamiento conservador⁶⁴. Ese perfil conservador asoma en la valoración

⁶¹ Ver: ROBERTO J. PAYRÓ, *Corresponsal de Guerra. Cartas, diarios, relatos (1907-1922)*. Buenos Aires, Biblos, 2009, pp. 783-791.

⁶² OSCAR TERÁN, *op.cit.*, p. 155.

⁶³ ERNESTO QUESADA, *El peligro alemán... op.cit.*, p. 51.

⁶⁴ Teodoro Blanco en discrepancia con la etiqueta liberal-reformista que le había puesto a Quesada Eduardo Zimmermann, argumentó acerca de su filiación conservadora. Siguiendo los

del pueblo alemán como cultor de los controles políticos, la tradición y las costumbres y se reafirma en la convicción de que los cambios deben ser progresivos y se deben llevar a cabo de forma controlada. En esa dirección, en un contexto histórico clave donde se cruzaban las inquietudes que despertaba la guerra con las reflexiones acerca de la reforma institucional recién estrenada, que prometía abrir canales de participación y nuevos modos de regulación social, no es llamativo que Quesada pensara en la inmigración alemana no sólo para cubrir espacios de trabajo manual sino para ocupar aquéllos que se vinculaban a la construcción y difusión del conocimiento⁶⁵. La visión de los males de la Argentina se articulaba con una mirada auspiciosa de la coyuntura bélica como ocasión para reformular las formas de ensamblar los nuevos modos de regulación social con el modelo germano en la enseñanza, las formas jurídicas, la organización institucional, que tendría como vehículo a la inmigración alemana.

Pero la sociedad argentina no sería la única beneficiada con este proceso. Quesada también percibe que aun teniendo las democracias latinoamericanas un carácter inquieto, son un terreno mucho más fértil para la expansión humana y comercial alemana. Las extensiones africanas —que necesitarían según el ojo racial de nuestro pensador, regar con la sangre

postulados teóricos de W. Harbour y de S. Lypset, Blanco enumera cinco rasgos básicos del pensamiento conservador que estarían presentes en el pensamiento de Quesada. 1º) El papel de la experiencia por encima del pensamiento abstracto; 2º) La concepción de la naturaleza humana que contiene límites para lo que los hombres pueden hacer políticamente; 3º) La convicción de que los hombres reunidos durante siglos en un territorio, comparten una cierta prudencia expresada en términos de prejuicio, portadora de una sabiduría anterior al intelecto, de allí el aprecio por la tradición, los hábitos y las costumbres; 4º) La convicción de que el cambio social es necesario, pero no puede venir de la reforma social legislativa. Por el contrario, el conocimiento profundo de los hábitos y prejuicios facilitará el cambio gradual y progresivo y 5º) La importancia de la tradición como elemento unificador comunitario y contralor social. Theodore Blanco, *op.cit.*, pp. 65-69. Acerca de la interpretación que sobre Quesada hace Zimmerman ver: EDUARDO ZIMMERMANN, *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina, 1890-1916*. Buenos Aires, Sudamericana-Universidad de San Andrés, 1995.

⁶⁵ Quesada considera ejemplar el lugar que ocupaban ciudadanos alemanes en los cargos docentes de instituciones de educación superior en Brasil y la multiplicidad de diarios alemanes que funcionaban en distintas ciudades de ese país. ERNESTO QUESADA, *El peligro alemán...* *op.cit.*, pp. 48-52.

de varias generaciones de alemanes aquellas comarcas hasta convertirlas en centros consumidores activos— resultaban más amigables que los territorios blancos australianos ocupados por los ingleses.

La política exterior alemana sólo tendría aspiraciones de obtener nuevos mercados para su industria; la guerra prometía importantes alteraciones en el ordenamiento económico mundial y presentaba la ocasión propicia para que la nación germana reemplace algunos espacios, hasta el momento monopolizados por Gran Bretaña y disputado por Estados Unidos.

La guerra ponía al descubierto que si Quesada pretendía incentivar la presencia alemana en la Argentina para acrecentar su influencia comercial y a la vez procurar que esa presencia ejerciera un rol modélico en el ámbito de las costumbres, hábitos e ideas, el primer paso debía ser estrechar vínculos científicos y literarios con el pueblo alemán, tarea que debían emprender los responsables de las instituciones diplomáticas y culturales al amparo del estado.

Rechazados de plano los núcleos de inmigrantes que permanecen compactos en custodia de su cultura y sus costumbres, asoma el optimismo derivado de las verificaciones fácticas que avalarían el proceso de fusión de inmigrantes alemanes con pobladores criollos, con un fuerte impacto en la vida intelectual y educacional. No sólo se hereda de los antepasados los rasgos físicos como el color, la fisonomía o la contextura, sino también el espíritu y sus inclinaciones. La instalación de alemanes en la sociedad argentina contrarrestaría el lastre ideológico que habían acarreado numerosos inmigrantes italianos, militantes activos del anarquismo.

Ahora bien, convencido de que la guerra expulsaría alemanes hacia América, y que su llegada impactaría positivamente en la sociedad argentina, Quesada construye una imagen acerca de la figura del mercader como un vehículo que exporta, además de sus mercaderías, formas culturales e ideas que arraigan en la sociedad. Las relaciones comerciales sustentadas en los compromisos contractuales, serían desde esta construcción, la receta para poner límites a las pasiones y diluir las tensiones belicosas. Ante una guerra en cuya hoguera parecían sucumbir todas las estructuras que habían codificado la vida del siglo precedente, las ambi-

güedades y contradicciones subyacentes planteaban una urgencia nueva. Atento a estas prerrogativas, Quesada encara la defensa de Alemania en un elogio al bagaje cultural que transportan y difunden los mercaderes y los emigrantes. Su reflexión, en este punto, no se inscribe en la consideración que los intelectuales conservadores alemanes difundían acerca del contenido de la *kultur*. Aquellos intelectuales conservadores, que consideraban la guerra como un momento clave para la identidad nacional alemana, despreciaban la democracia política francesa y la concepción materialista de la sociedad británica. Contra estos modelos occidentales de liberalismo, ellos afirmaban que los valores espirituales asociados a la *kultur* alemana componían un ideal superior de libertad que había encarnado en el guerrero⁶⁶. A pesar de los esfuerzos que Quesada había hecho por explicar que la presencia de Alemania en la guerra no desmentía su capacidad civilizatoria, la construcción binaria de la intelectualidad conservadora alemana de contraponer el *virtuosismo guerrero alemán* al *carácter cartaginés británico* no podría ser universalizada crudamente para dar respuestas a los problemas argentinos. La Argentina necesitaría ser pensada en una combinación de elementos que mezclara de manera provechosa todos sus componentes. La mirada hacia atrás confirmaba que las relaciones comerciales entabladas por la Argentina a lo largo de la segunda mitad del siglo anterior la habían incluido en el mundo. De cara al futuro, el impulso material desplegado por la economía capitalista debería ser explotado en todo su potencial en ambos lados del océano, por lo que la figura del mercader se constituye en un sujeto portador de información, de desarrollo y de contacto entre sociedades distintas, fenómeno que en la mirada de Quesada, le reportaría a la Argentina la doble ventaja de, por un lado ser la receptora de la influencia cultural de un país ejemplar tanto en el plano organizativo como axiológico y por otro, de exportar bienes materiales y culturales, lo que junto con el trabajo diplomático le permitiría romper su natural aislamiento.

⁶⁶ JOHN HORNE y ALAN KRAMER, *op.cit.*, p. 410. El historiador Otto Hintze —a quien ya hemos demostrado que Quesada conocía— había marcado la misma distinción entre el carácter homérico de la guerra y la vocación cartaginesa de los británicos. Ver: OTTO HINTZE, “Alemania y el sistema político universal”, en AA.VV., *op.cit.*, pp. 37-49.

AUGUSTO BUNGE

ENTRE LA PLUMA Y LA TRIBUNA.

LA PUJA INTELECTUAL AL AMNPARA DE LA GUERRA

En Argentina, el Partido Socialista fue escenario de amplios debates en su interior —para discutir los valores que se defendían y la posición que debía tomar el gobierno frente a algunos episodios puntuales— a pesar de que la mayoría de sus dirigentes adhería a la Entente, posición que puede seguirse de cerca en las páginas de *La Vanguardia*. En ese clima efervescente y antigermánico, Augusto Bunge, médico higienista y dirigente del PS, pronunció su postura pacifista e intentó bajarle el tono a la disputa. Argentina engrosó la lista de países que se declararon neutrales frente a la guerra, pero la neutralidad que sostuvo el gobierno estuvo lejos de ser imitada por los numerosos actores sociales y políticos. Quienes se apresuraron en hacer sentir su opinión frente a la guerra, fueron personalidades públicas destacadas en el ámbito literario, artístico o del pensamiento, cuyo prestigio les confería, según ellos mismos, el derecho y el deber de orientar a la nación en esa hora sombría⁶⁷.

Augusto Bunge⁶⁸ era en 1914, un miembro destacado del Partido Socialista de la Argentina. A poco de estallar la guerra rescató la tradición pacifista de la socialdemocracia alemana y verbalizó el respeto que sentía por el pueblo alemán, lo que inmediatamente produjo una tensión al interior del Partido, que siguiendo los mandatos de la socialdemocracia europea venía condenando la guerra por varias razones. En primer lugar, porque el mandato de los partidos socialistas europeos era la lucha por la

⁶⁷ TULIO HALPERÍN DONGHI, *Vida y muerte de la república verdadera... op.cit.*, p. 56.

⁶⁸ Augusto Bunge era miembro de una familia tradicional y distinguida de la ciudad de Buenos Aires. Su abuelo había llegado de Alemania en 1827 y su padre había puesto especial cuidado en la educación de sus nueve hijos, entre los cuales dos de sus hermanos, Carlos Octavio y Alejandro Bunge serían figuras destacadas en el ámbito del pensamiento. Los primeros contactos de Augusto Bunge con el mundo socialista provinieron de su amistad juvenil con José Ingenieros. Luego, cursando medicina en la Universidad de Buenos Aires, su amistad con Angel Jiménez y su cercanía con su conspicuo profesor Juan B. Justo lo inducirían a militar en las filas del mencionado partido. EDUARDO CÁRDENAS y CARLOS PAYÁ, *La familia de Octavio Bunge*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995, pp. 279-283.

paz. En segundo lugar, porque interpretaban la guerra como el resultado de políticas imperialistas, ligadas al desarrollo que se había operado en las estructuras del capitalismo europeo, donde la fusión del capital financiero y el capital industrial había constituido grandes unidades enfrentadas entre sí, por la lucha de mercados en vías de saturación. Finalmente, porque esa expansión imperialista había producido el desarrollo armamentístico de los años previos a la contienda⁶⁹.

Ahora bien, frente al hecho consumado de la guerra, el PS había tomado partido del lado de la Triple Entente. En líneas generales el apoyo explícito a Francia e Inglaterra se debía a que en estos países veían a los portadores de las formas democráticas más consolidadas. No obstante en el plano local —y en el marco de las expectativas que despertaba la ampliación de la participación derivada de la sanción de la ley Sáenz Peña— se pusieron en juego otros intereses tales como la disputa por definir qué partido político ocupaba el papel rector en la sociedad. De hecho, la guerra habilitaría más tarde un debate parlamentario en torno a la neutralidad donde el PS se pronunció a favor de la ruptura de relaciones con los Imperios Centrales, enfrentándose así al gobierno de Yrigoyen que había proclamado la neutralidad. En el pronunciamiento acerca de un asunto de estado tan importante como definir la posición frente a la guerra, el PS vislumbraba para sí mismo el espacio para asumir un rol de liderazgo que hasta el momento no había tenido⁷⁰. Artículos comprometidos con esta

⁶⁹ Para la Segunda Internacional el problema de la guerra había sido crucial, sobre todo porque hasta 1904, por no haber una amenaza verdadera de conflicto, venía siendo tratado como una cuestión académica. En 1907, se celebró el Congreso de Stuttgart en el que se produjeron apasionados debates acerca de los modos de llevar a cabo la propaganda antimilitarista y los medios de impedir la guerra. Pero ya hacia los primeros días de agosto de 1914, el impulso puesto en marcha tiempo atrás para parar la guerra, se detuvo. La lealtad a la nación se impuso durante toda la guerra y tanto en la Cámara baja de Francia como en el Reichstag, los socialistas votaron los créditos militares. JACQUES DROZ, *Historia General del Socialismo*, Barcelona, Edima Edición de Materiales, 1968, p. 158 y pp. 165-166. DONALD SASSON, *Cien años de socialismo*, Barcelona, Edhasa, 2001, pp. 52-56

⁷⁰ DANIEL CAMPIONE, “¿Partido revolucionario o partido de gobierno? La fundación del Partido Socialista Internacional”, en: HERNÁN CAMARERO y CARLOS MIGUEL HERRERA (ed.), *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*. Buenos Aires, Prometeo, 2005, pp. 146.

postura ocuparon importantes espacios en *La Vanguardia* y fueron las creenciales para el inicio de una polémica entre el Comité Directivo del periódico y Augusto Bunge, quien vería retaceados los espacios en el diario, de acuerdo a las circunstancias políticas⁷¹. En octubre de 1914, Bunge expresó en dos oportunidades su apoyo al pacifismo y su repudio a “los imperialismos rivales de las grandes naciones de presa” lo cual reflejaba su convicción sobre la necesidad de diferenciar los intereses de los trabajadores de la complicidad que había entre las dinastías europeas y las clases dirigentes en lo que respecta a la responsabilidad de la guerra.

Bien es sabido que antes de 1914, ningún socialista en toda Europa, participaba en ningún gobierno con el apoyo de su partido. La guerra alteró el panorama y en la mayoría de los países contendientes, los socialistas apoyaron a sus gobiernos⁷². A partir de este momento, el problema de la nación estaría en el centro del debate. Ya no se trataba de contar los días que separaban a los hombres del advenimiento de la tierra prometida, ni siquiera de discutir las formas posibles de mejorar la vida de los trabajadores. El conflicto desplazaba a los intelectuales socialistas europeos de la era de la utopía y los instalaba brutalmente en un tiempo de crudo realismo⁷³. Este cambio en el clima cultural es el que dejaba asomar discursos radicales, expresiones de odio y la explicación de porqué los intelectuales socialistas, tan reticentes antes de 1914 a toda intervención política, aceptaron ponerse al servicio de la causa nacional.

En la Argentina, el Partido Socialista observaba con respeto —sobre todo en la persona de su fundador y líder intelectual Juan B. Justo— a la

⁷¹ En 1913, después de la muerte de su primera esposa, Juan B. Justo dejó la dirección de *La Vanguardia* a su amigo Enrique Dickmann, sin dejar de influenciar y monitorear todo lo que se publicaba en el diario. Los socialistas habían hecho de la prensa escrita un instrumento de organización por excelencia, pero además, *La Vanguardia* jugaría un papel fundamental en el control de PS por parte de un grupo dirigente instalado en la llamada “Comisión de Prensa” que manejaría de manera estratégica el poder partidario. HERNÁN CAMARERO y CARLOS MIGUEL HERRERA, “El Partido Socialista en Argentina: nudos históricos y perspectivas historiográficas”, en HERNÁN CAMARERO y CARLOS MIGUEL HERRERA (ed.). *op.cit.*, p. 11.

⁷² DONALD SASSON, *op.cit.*, p. 52.

⁷³ CHRISTOPHE PROCHASSON, *Les intellectuels, le socialisme et la guerre. 1900-1938*, Paris, Du Seuil, 1993, p.175.

socialdemocracia alemana, que era percibida como una gran fuerza política, pionera de un tiempo nuevo en los movimientos sociales, expresión de una cultura democrática y usina consiente de un proyecto de transformación social⁷⁴. Lo que el P.S. privilegiaba de la experiencia alemana era su capacidad de implementar un partido político moderno y de masas, con principios socialistas generales lo suficientemente amplios como para que dicho partido no dependiera rigurosamente de un corpus ideológico, sino de la habilidad política de sus conductores⁷⁵. No obstante, la visita de Jean Jaurès a Buenos Aires en 1911 produjo un impacto e influencia notables en la familia socialista argentina, muy especialmente en su director. Jaurès y Justo compartían una misma concepción del socialismo como realización plena de los ideales de la democracia moderna. Cuando el líder socialista francés estuvo en la Argentina, observó en el PS una notable preocupación por alcanzar un estado de nacionalidad definido y consiente, capaz de equilibrar los diversos elementos culturales presentes en la inmigración⁷⁶. La cuestión de la amalgama nacional constituía una de las preocupaciones más acuciantes en los escritos de Justo y está presente tanto en la elaboración de una versión propia de la historia argentina como en la tarea de fomentar prácticas culturales y la creación de asociaciones colectivas, a fin de sacar de su apatía a los sectores populares y trabajar para combatir la propensión de los inmigrantes a mantenerse unidos y negarse a la asimilación⁷⁸. Otro de los principios que formaba parte de la agenda de Justo, era el de contribuir al afianzamiento de las instituciones republicanas, con el fin de que éstas se transformaran en herramientas representativas adecuadas para la implementación de políticas racionales, que sirvieran a los trabajadores para apartarse de las nocivas prácticas implementadas por los viejos caudillos políticos⁷⁹. En este punto, la imagen de Jaurès vino a configurar el símbolo de los valores re-

⁷⁴ *Ibidem*, p. 41.

⁷⁵ *Ibidem*, p. 44.

⁷⁶ *Ibidem*, p. 90.

⁷⁷ PATRICIO GELI y LETICIA PRISLEI, “Una estrategia socialista...”, *op.cit.*, p. 28.

⁷⁸ JEREMY ADELMAN, *op. cit.*, pp. 267-274.

⁷⁹ *Ibidem*, p. 269.

publicanos y democráticos que Francia encarnaba al estallar la guerra. Su presencia en la Argentina dejó encendida una llama al interior del PS, que se avivó entre julio y agosto de 1914, cuando a poco de desatarse la contienda, el líder socialista francés hizo un llamado a defender la paz que le costó la vida. Republicanismo democrático y pacifismo parecen ser los principios que definieron la simpatía del PS argentino por la Entente⁸⁰.

En el escenario europeo, el enemigo no era sólo una amenaza para la existencia de la nación o para la integridad del territorio, era también una amenaza contra la concepción del hombre y de la sociedad. En Argentina, la decisión del PS de acompañar a la Entente en la defensa de sus argumentos significaba, no sólo abrazar la causa del pacifismo (en ambos bandos enfrentados, los intelectuales explicaban que su nación había sido empujada a la guerra y que su gobierno había hecho todo lo posible para evitarla) sino enarbolar la bandera de las formas políticas por sobre el armado del tejido social⁸¹. En este marco, el joven médico higienista, percibe que las formas copiadas a lo largo de muchos años al modelo francés no responden al ideario socialista por ser el producto de la tradición liberal⁸². La importancia que Bunge le asigna a la acción institucional como medio para transformar la sociedad capitalista, lo induce a construir una imagen de Alemania como muestra ejemplar de un sistema donde la democracia se ejercitaba en el tejido social e institucional de base⁸³. Al respecto, Bunge encontraba que:

En un grado que hace de la civilización germánica de hoy, por debajo de su armadura militar teocrática, el tipo todo lo paradójal que se quiera, pero sin duda, el más manifiesto de la nueva forma de civilización: “la civilización

⁸⁰ La actitud de los socialistas franceses, fue de entrada, decididamente pacifista. Asumieron que sus camaradas alemanes tratarían decididamente de detener la guerra y estaban también convencidos de que el gobierno burgués había realmente intentado detener el conflicto. Pocos días antes de la declaración de guerra, Jaurès seguía sosteniendo que el gobierno francés quería la paz y trabajaba para preservarla. DONALD SASSON, *op.cit.*, p. 53.

⁸¹ HERNÁN CAMARERO y CARLOS MIGUEL HERRERA, “El Partido Socialista en Argentina: nudos históricos y perspectivas historiográficas”, en: HERNÁN CAMARERO y CARLOS MIGUEL HERRERA (ed.) *op.cit.*, pp. 18-24.

⁸² AUGUSTO BUNGE, *op.cit.*, p. 297.

⁸³ *Ibidem*, p. 298.

socialista”, basada en una organización progresiva del trabajo en bien de la comunidad. [...] Porque soy socialista creo que no debemos atenernos únicamente al aspecto político interno y que debemos dar más importancia a la realidad del contenido que a la forma del continente⁸⁴.

La nota llevaba la firma de su autor y al pie de la misma, bajo el rótulo de *Nota de la redacción*, el Comité Editorial desautorizaba los conceptos vertidos por Bunge, adscribía a sus conceptos referidos “al militarismo prusiano y la camarilla que gobierna junto al Kaiser” y clausuraba la polémica afirmando que “nos parece que nada cabe agregar a lo ya abundantemente expuesto”. La severidad de la sentencia tributaba a la pluma de Enrique Dickmann, quien varios días atrás había firmado un editorial sobre la guerra en el que decía: “la democracia universal no puede ni debe admitir la pretendida superioridad de ciertas razas o pueblos, como no admite la mentida superioridad de ciertas castas y grupos sociales”⁸⁵. Con esta expresión no sólo condenaba los argumentos que el estado y la intelectualidad alemana utilizaban para justificar su expansión, sino que en términos muy contundentes, vinculaba los argumentos de Bunge a las huellas de su posición social. El tenor de la advertencia, anunciaba un recorte en los espacios que *La Vanguardia* le asignaba a Bunge, por dos razones: en primer lugar porque para Juan B. Justo el Partido debía operar como “una escuela de cultura y civismo” y el *Diario* era algo así como el abono para un terreno —la clase obrera— en vías de ser cultivado. Muy posiblemente, Justo mirara con preocupación el hecho de que esa clase obrera que estaba compuesta por integrantes de diversas nacionalidades europeas, podría producir una fractura del Partido en frentes nacionales. La otra razón es que el año 1915 sería la antesala de las elecciones a realizarse a principios de 1916. Si existían posibilidades de seducir a algunos electores nuevos, la campaña electoral no podría estar contaminada de consignas que fueran a contramano de la percepción generalizada que la opinión pública tenía, acerca de cuáles eran los países

⁸⁴ *La Vanguardia*, 19/10/1914 y 20/10/1914.

⁸⁵ *La Vanguardia*, 18/10/1914.

involucrados en la guerra que defendían valores genuinamente democráticos⁸⁶. Rendido ante la evidencia, Bunge decidió dar batalla en el campo simbólico por fuera de las estructuras que le proporcionaba el PS, tratando de no llevar la tensión al borde de la ruptura. No obstante, también entraban en juego otros factores. La instancia de la guerra le servía para buscar un lugar propio en el campo de los debates intelectuales⁸⁷. Sin embargo, si bien Bunge formaba parte de las redes de sociabilidad de esta nueva camada de jóvenes escritores, seguía utilizando lo que en palabras de Altamirano y Sarlo eran los recursos de la “buena sociedad”, es decir los canales tradicionales para publicar sus trabajos y acceder a cargos públicos que le sirvieran como medios de vida⁸⁸. De alguna manera, tanto su

⁸⁶ HERNÁN OTERO, *op. cit.*, pp. 90-91.

⁸⁷ Es de destacar que su inserción en dicho campo, se nutría de un entramado compuesto por elementos arcaicos propios de la estructura social precedente, muy vinculado a escribir para obtener el reconocimiento de la sociedad distinguida y distante del arco de conductas novedosas que asumían los escritores jóvenes que buscan insertarse en dicho campo. Hacia el Centenario se estaba operando una transformación en el campo intelectual a través de la cual muchos escritores jóvenes que no pertenecían a la elite inauguraban nuevas formas de iniciación a través del periodismo, de la cátedra universitaria o la producción literaria, pretendiendo vivir de su trabajo intelectual. Un ejemplo lo constituye el escritor Manuel Gálvez (casado con una hermana de Augusto Bunge) fundador de la editorial Cooperativa Editorial Buenos Aires, desde la cual se publicaron libros de quienes luego serían escritores muy reconocidos. Al recordar a quienes publicaron sus trabajos en su Editorial, Gálvez distingue entre “obras de escritores profesionales, obras de escritores menos profesionales y obras no literarias entre las que se encuentra *Polémicas* de Augusto Bunge, de quien Gálvez dice “el tremendo peleador verbal que era mi cuñado, arremetía contra una docena de enemigos, con saber, inmejorable argumentación y movida, aunque un tanto periodística prosa”. Manuel Gálvez, “El mundo de los seres ficticios”, en: Manuel Gálvez, *Recuerdos de la vida literaria*. Buenos Aires, Taurus, 2002, pp. 437-443. CARLOS ALTAMIRANO y BEATRIZ SARLO, “La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos”, en: CARLOS ALTAMIRANO y BEATRIZ SARLO, *op. cit.*, p. 179.

⁸⁸ La familia de Augusto Bunge mantenía contactos sociales, intelectuales y políticos con lo más distinguido de la sociedad porteña. Para ejemplificar la importancia de esos contactos en la obtención de cargos y empleos públicos, basta citar que en 1904, con sólo veintisiete años y su flamante graduación como médico, Augusto Bunge fue convocado por el Dr. Carlos Malbrán, que era Director del Departamento Nacional de Higiene, para elaborar un informe sobre el estado de las industrias y las condiciones de trabajo de los obreros. Meses más tarde, el flamante ministro del interior de Julio A. Roca, Joaquín V. González, lo convocó para trabajar en el equipo de notables que redactaría un informe que serviría de base para la sanción del Código de Trabajo que se sancionó durante dicha presidencia. Roberto Bunge, hermano de Augusto, era el secreta-

militancia en el PS, como los caminos que utilizó para acceder a un empleo público y su forma de encarar la actividad intelectual denotan que en él conviven rasgos de modernidad con residuos de aquella trama de contactos familiares, sociales y políticos que abría puertas a los portadores de apellidos notables. Así fue como en el transcurso de los primeros meses de 1915, escribió *El culto de la vida*, un ensayo prologado nada menos que por Juan B. Justo en el que Bunge denuncia la utilización del mito construido sobre las “atrocidades alemanas”, como una operación para diabolizar al enemigo. Dicha estrategia es sutilmente detectada por Bunge como parte de las políticas diseñadas por los gobiernos y las estructuras oficiales de todos los países en guerra para estimular la polarización de las identidades colectivas⁸⁹. En ese mismo tenor interpretativo, las “atrocidades” formarían parte de un lenguaje utilizado capciosamente para describir situaciones que tocan fibras muy sensibles en un momento álgido como la guerra. Además, su resistencia a creer el relato de las “atrocidades alemanas” remite a la contundencia con la que la socialdemocracia alemana había combatido el chauvinismo antes de la guerra y al hecho de que una parte importante del ejército alemán estaba compuesto por socialdemócratas. En este escenario donde el odio pudo más que la convicción ideológica, Bunge advierte que los socialdemócratas alemanes mantienen una actitud mesurada y racional pues habiendo asumido una visión crítica de su propio ejército nacional, se muestran particularmente reticentes a aceptar que sean sus propios camaradas franceses y belgas los portadores de las acusaciones más graves. Al marcar distinciones entre los socialistas europeos y destacar la medida de la socialdemocracia alemana, Bunge da la señal a los militantes de su propio partido para abandonar posiciones extremas. De cara a las diferencias que empezaba a entablar con su dirigencia, no es un dato menor que Juan B. Justo escribiera el prólogo de *El culto de la vida*, pues eso significa que a pesar de los descalificativos que algunos dirigentes del PS le dirigían por su

rio privado de Joaquín V. González. EDUARDO CÁRDENAS Y CARLOS PAYÁ, *La Argentina de los hermanos Bunge. Un retrato íntimo de la elite porteña del 1900*, t. 2, Buenos Aires, Sudamericana, 1997, pp. 29 y 192-193.

⁸⁹ AUGUSTO BUNGE, *El culto de la vida*, Buenos Aires, Juan Perrotti, 1915, p. 291.

posicionamiento frente a la guerra, Bunge gozaba de un espacio preferencial debajo del paraguas protector del mayor exponente del PS. De tal manera resulta difícil delinear su figura con un contorno preciso, pues en los dos campos, el partidario y el intelectual, no se desmarca de los cánones impuestos por las elites representativas de cada uno de ellos a la vez que mantiene cierta independencia que quedaría expresada respectivamente tanto en las formas convencionales que usaba para moverse en el mundo editorial como en su postura frente a la guerra.

Bunge construyó su objeto desde la matriz de pensamiento provista por varias de las corrientes de pensamiento que circulaban por esa época. Influenciado por los principios del socialismo Fabiano, Alemania confirmaba las predicciones de los Webb quienes sostenían la convicción de construir el socialismo en forma progresiva a través de la racionalización del sistema capitalista⁹⁰. La guerra en este sentido operaría como laboratorio para una reflexión más amplia acerca de la transición de la sociedad, del capitalismo al colectivismo⁹¹. A su vez, la contienda es percibida por Bunge como una experiencia purificadora gracias a la cual todas las clases sociales harían un examen de conciencia que abonaría la tierra sobre la que se construiría el socialismo. Esta perspectiva de la guerra como disparadora de situaciones nuevas y esperanzadoras, también asoma cuando Bunge analiza el impacto de la misma en el sistema capitalista. Nuevamente es la clave Fabiana la que inspira la reflexión acerca de las consecuencias que acarrearía la reducción en los volúmenes de producción y consumo provocados por el reclutamiento masivo de soldados. La herida mortal que este proceso asestaría al sistema capitalista mundial sólo podría ser suturada por la intervención del estado a través de un gravamen sobre la renta capitalista⁹². El sueño del pasaje gradual del capitalismo al colectivismo, tan presente en los registros de su agenda como en la de

⁹⁰ Sobre los pensadores Fabianos y su posición sobre la Gran Guerra ver: EMMANUEL JOUSSE, "Un reformisme travalliste. La société fabienne pendant la Grande Guerre", en: ROMÁN DUCOULOMBIER (directeur). *Les socialistes dans l'Europe en guerre. Réseau, parcours, expériences, 1914-1918*. Paris, L'Harmattan, 2010, pp. 141-160.

⁹¹ AUGUSTO BUNGE, *op.cit.*, p. 327.

⁹² *Ibidem*, pp. 328-329.

sus inspiradores, cristalizaría cuando el estado comenzara a reclutar fortunas ya que:

Al hacerse la liquidación de la guerra, la situación relativa del proletariado se habrá, pues modificado considerablemente. La clase trabajadora, por más que sea ella la gran víctima de la guerra, una vez terminados sus actuales sufrimientos, se encontrará más o menos en la misma situación que antes considerada en conjunto. Habrá acaso consumido gran parte de sus modestos ahorros, pero ellos son una insignificancia. Su capacidad de producción y su fuerza numérica relativa habrán quedado intactas; y su organización como clase más bien será favorecida por la experiencia solidarista en las trincheras. No así el capitalismo, privado por la guerra, durante largo tiempo, de la mitad de las fuerzas de trabajo y al menos de un tercio del tráfico que lo alimentan. [...] La formidable crisis financiera obligará a los gobiernos, dada la enorme carga de la deuda improductiva de guerra y la disminución de las entradas, a echar mano de los monopolios, como arbitrio fiscal complementario de mayor gravamen a la renta⁹³.

Ni bien iniciada la guerra, el PS argentino había proclamado su pacifismo. No obstante, en enero de 1915 se percibe a través de las páginas de *La Vanguardia* una alineación con los socialistas aliados en la que conviven junto con el discurso pacifista, claras expresiones de apoyo a la Entente⁹⁴. Esa doble alineación, con los socialismos francés y belga por un lado y con los países de la Entente por otro, se verifica cada vez que *La Vanguardia* confirma el contenido de los cables provenientes de las agencias británicas, lo que evidencia que la cúpula del Partido lee la guerra con los ojos del socialismo francés⁹⁵. Desde el mirador de Augusto Bunge, la guerra no podía borrar la concepción universalista —cultural y política— que los intelectuales socialistas venían enarbolando desde mucho tiempo atrás. El concepto de universalismo evoca la convicción instalada en la socialdemocracia alemana de que en Europa existía una comunidad cultural que formaban Francia y Alemania antes de 1914, a la que se ad-

⁹³ *Ibidem*, p. 329.

⁹⁴ PATRICIO GELI, *El pacifismo socialista en el Maelstrom. Algunas lecturas de la Gran Guerra en el Partido Socialista de Argentina*. Ponencia presentada en el Taller Internacional: La Gran Guerra en un Contexto Global. Buenos Aires, Instituto Ravignani, agosto de 2013.

⁹⁵ *Ibidem*.

hería un fuerte convencimiento acerca de que la cultura y los intelectuales no debían tener patria⁹⁶. Llegado a este punto, podría pensarse que la exaltación de la cultura alemana en la pluma de Bunge apunta exclusivamente a custodiar los mandatos de cosmopolitismo cultural propio del socialismo. Sin embargo, no puede negarse que es la admiración por el carácter alemán de la cultura del Imperio Central, lo que motiva una parte importante de sus escritos. Alemania es el único país que le puede proporcionar una experiencia real de sistema representativo controlado por un poder paternalista, que a su vez implementa políticas sociales activas. Como en Bunge conviven influencias del espiritualismo y del positivismo, la hipótesis de que las verdaderas libertades son las espirituales y que éstas pueden convivir perfectamente con un gobierno despótico y militarista remiten a la influencia que ejerció el pensamiento de Henri Bergson acerca de que la conciencia establece una diferencia entre ella misma y el mundo físico, lo que se traduce en la apertura de un espacio de libertad, allí donde el positivismo había establecido las pautas del determinismo naturalista⁹⁷. Las marcas espiritualistas están acompañadas de una concepción de la guerra explicada como una *fatalidad histórica*, lo que evidencia ciertas huellas de la desconfianza arriba mencionada sobre los límites del saber y como consecuencia, cierto escepticismo frente a categorías absolutas que pudieran explicar la historia y más concretamente, la guerra. Sus causas son atribuidas al *determinismo histórico*, a la *situación geográfica desfavorable del país del norte*, y la *militarización alemana* es la respuesta a *una necesidad geopolítica*. El núcleo duro de esta explicación se distancia de la mirada que tenían de la guerra los socialistas alemanes, y deja al desnudo la influencia que sobre su pensamiento habían ejercido los razonamientos de los intelectuales conservadores alemanes, que con menos éxito que sus pares aliados, se habían comprometido en la defensa de la razón de estado durante la guerra, para llevar

⁹⁶ CHRISTOPHE PROCHASSON, *Les intellectuels...* *op.cit.*, pp. 155 y 258.

⁹⁷ La tensión entre positivismo y espiritualismo anima buena parte del pensamiento de Carlos Octavio Bunge y de José Ingenieros. Dicha tensión se hizo presente porque el espiritualismo proporcionaba algunas respuestas que el positivismo dejaba sin responder acerca de la existencia. OSCAR TERÁN, *op.cit.*, pp. 141-142.

sus argumentos defensivos al público de los países neutrales⁹⁸. Las mismas influencias asoman en las ensortijadas explicaciones que Bunge despliega para comprender la contienda desde el antagonismo que supone la guerra entre la civilización y la barbarie⁹⁹. La civilización es la expresión del espíritu y de la inteligencia encarnados en el orden, la legislación racional y el espacio de libertad para el pensamiento creativo desarrollado en el mundo europeo¹⁰⁰. Luego por efecto de derrame, la civilización ensambla con un patrón mínimo de bienestar que tiene lugar en Alemania.

Como Quesada, Bunge habilita la interpretación de la guerra como una derivación de la intolerancia de los países civilizados frente a las peculiaridades de la *kultur* alemana, pero no resigna su protagonismo en el mapa de países portadores de los valores de la civilización¹⁰¹. A partir de esta clave se interpreta el peculiar funcionamiento del gobierno alemán en tanto expresión avanzada de un sistema político que combina elementos conservadores —léase la figura del emperador y las amplias facultades que tiene el canciller— con incrustaciones de políticas sociales que garantizan la paz social.

La clasificación de Alemania dentro del lote de países portadores de civilización se fundamenta en una descripción minuciosa de los rasgos de su vida cultural, que abarca desde el funcionamiento de sus universidades hasta la organización del sistema de salud, tocando otros registros como el rol de los sindicatos y el nivel de los salarios. Si bien los universos simbólicos de ambos intelectuales difieren por pertenecer a matrices de pensamiento opuestas, es de notar que en *El culto de la vida* Bunge cita a *La actual civilización germánica y la presente guerra* de Ernesto Quesada adjudicándole un valor referencial en la verificación de datos sobre las peculiaridades de la cultura alemana que avalan su obsesión socialista de la educación como progreso liberador¹⁰².

⁹⁸ Cf. AUGUSTO BUNGE, *op.cit.*, pp. 293 y 321 y con FEDERICO MEINECKE, “Cultura, Imperialismo y Militarismo”, en: AA.VV., *op.cit.*, T 3, pp. 207-242.

⁹⁹ AUGUSTO BUNGE, *op.cit.*, pp. 217-236.

¹⁰⁰ *Ibidem*, pp. 290-319.

¹⁰¹ *Ibidem*, pp. 296-308.

¹⁰² *Ibidem*, p. 303.

Ahora bien, si lejos de representar la barbarie las formas peculiares de la *kultur* alemana se subsumían en la categoría de civilización, esta afirmación entra en tensión con el esquema interpretativo que aplica para analizar la realidad de este lado del océano. La lucha entre civilización y barbarie supone para Bunge una forma de mirar la realidad considerada en torno a dos universos opuestos. De manera entonces que, en América la expresión más lograda de la civilización está representada para Bunge en la sociedad estadounidense. Es allí donde el hombre ha sabido realizarse en su condición de ser racional, donde la razón se ha manifestado como poder y ha vencido a la naturaleza y al “opio social” que ha significado la carne del indio¹⁰³. Como la grilla interpretativa requiere de un opuesto, la barbarie anidaría en una parte de Hispanoamérica y es explicada como un paradigma dinámico cruzado por tres órdenes, uno biológico, otro social y por último uno político. Lejos de considerar las peculiaridades latinoamericanas como parte de la cultura, Bunge las describe en términos de barbarie a través de expresiones como *inferioridad fisiológica, enfermedad, inmoralidad y anarquía*. La barbarie sería, en su representación, la expresión de una inferioridad congénita de aquellos sectores sociales que no aceptan las reglas de la civilización, proceso agudamente agravado por las ideas anarquistas incluidas en el rango de las enfermedades que producen la barbarie y no como una filiación doctrinaria que compite por el mismo capital simbólico y político que el socialismo; la barbarie también anida en el reclutamiento masivo de obreros entre las filas de los anarquistas —que agravaría la ya débil y enferma estructura social— se debería al éxito de discursos extremadamente violentos en un medio que a través de la herencia se perpetúa con rasgos de debilidad, aumentando la miseria, la enfermedad y la inmoralidad¹⁰⁴. La barbarie entonces, estaría entroncada con una dinámica circular y estática donde los males sociales tendrían consecuencias hereditarias pues estarían atados a los instintos humanos que se vuelven más antisociales frente a la dinámica del progreso y sólo podría ser superada por una “fuerza social inteligente”. De manera que, la apa-

¹⁰³ *Ibidem*, pp. 281-282.

¹⁰⁴ *Ibidem*, pp. 225-227.

rente impiedad del determinismo positivista no obtura en Bunge la esperanza de superar lo dado como dado, apostando a que la realidad no ofrezca resistencia a la tarea de los reformadores.

Entre febrero y mayo de 1915, la prestigiosa revista *Nosotros*, dirigida por Roberto Giusti, amigo y compañero de militancia, invitó a Bunge a participar de una encuesta sobre las consecuencias que acarrearía la guerra¹⁰⁵. Los términos en que estaba planteada la encuesta y sus destinatarios “hombres de letras, universitarios y políticos” traslucía la intención de poner sobre el tapete los debates por la subjetividad y la convicción de que frente a acontecimientos arrasadores como la guerra, el intelectual tenía la obligación de manifestar su compromiso para construir una interpretación amplia de los acontecimientos de la vida de la sociedad nacional, e influir en la opinión pública. Dicha encuesta, planteaba claramente la necesidad de pensar la realidad argentina en el escenario político que quedara armado cuando la guerra finalizara. La palabra “metamorfosis” —que remite a la transformación experimentada por algunas especies durante su desarrollo, por la que cambian de forma y adquieren o pierden órganos— es utilizada por Bunge para describir la transformación que la guerra operaría en los “países cultos”, como si el agente externo —la guerra— sólo pudiera estimular la transformación de aquellas sociedades que son superiores. En otras palabras, la guerra actuaría como un agente de selección darwiniana donde sólo los pueblos superiores podrían adaptarse al nuevo medio generado por la contienda. De todos modos, esta postura no lo aleja de conclusiones optimistas cuando sentencia en forma esperanzadora que la guerra desembocaría en el triunfo de una democracia auténtica organizada bajo las premisas del socialismo. A la vez, su intervención da cuenta de un discurso singular más cercano a la reflexión culturalista moralizante que a la denuncia política, pues es posible observar que su visión sobre la porción de la intelectualidad argentina portadora de la influencia de la cultura francesa, cristaliza en una imagen que se degradó en estereotipo y se articuló con un dispositivo simbólico que identificaba a quienes emulaban las formas de la cultura

¹⁰⁵ Revista *Nosotros*, N^{os} 70, 71, 72 y 73, 1915.

francesa con ciertos visos de banalidad, a la vez que hacía de la guerra el momento clave para cultivar formas propias de concebir la realidad:

Esa puerilidad viciosa que se traga con enternecedor eclecticismo de avestruz todo lo que viene de París, y se rehúsa en cambio a todo lo demás —a no ser que París lo contramarque; y entonces, ya es admirable, o más bien dicho, subadmirable—. Espero que la guerra nos librerá de esos miñones de París (de quienes París suele burlarse) que conspiran por vanidad personal contra lo mejor de nuestra independencia¹⁰⁶.

Mientras tanto, el eco de las tormentas desencadenadas por la guerra repercutía diariamente en las páginas de *La Vanguardia*. El periódico socialista habilitó amplios espacios para el tratamiento de la contienda durante el tiempo que duró la misma. Sus páginas dedicaban una sección titulada *La Guerra europea* a las noticias relacionadas con las operaciones militares y diplomáticas; pero además sus páginas se nutrieron de artículos de opinión que jalonaban desde el posicionamiento político hasta el examen de conciencia. Los artículos que tributan su apoyo a las potencias aliadas llevan la firma de alguno de los dirigentes del Partido, o bien constituyen la opinión de algún dirigente prestigioso del socialismo internacional, lo que le confería aún mayor legitimidad al pronunciamiento¹⁰⁷. En ese ambiente manifiestamente antigermánico, *La Vanguardia*, que bombardeaba diariamente a sus lectores con noticias y opiniones sobre la contienda, parece conferirle a Bunge sólo espacios en temas, que si bien eran constitutivos de la agenda socialista, no estaban directamente vinculados a la guerra¹⁰⁸. Sin embargo, dicho diario no podía dejar de anunciar y luego transcribir algunos conceptos sobre las conferencias dictadas por el militante disidente, porque el anuncio y comentario de las conferencias de dirigentes acerca de los temas más variados, era una práctica habitual del periódico o porque esos espacios podían ser utilizados para rebatir los ataques de ex militantes —el caso típico fue el cruce que

¹⁰⁶ *Revista Nosotros*, N° 70, 1915, p. 145.

¹⁰⁷ *La Vanguardia*, 29 y 30/3/1915 y 14/4/1915.

¹⁰⁸ *La Vanguardia* 26, 27, 28 y 29/6/1915, ver los artículos escritos por Augusto Bunge sobre el trabajo de la mujer y el trabajo infantil.

Bunge tuvo con Leopoldo Lugones— para quienes el diario socialista siempre tenía una respuesta. En los meses de junio y julio de 1915, *La Vanguardia* publicó el extracto de dos conferencias dadas por Augusto Bunge en centros socialistas de la ciudad de Buenos Aires¹⁰⁹. El primer rasgo destacable es que dichos artículos son fragmentos de las conferencias seleccionados por el Comité Editorial, quien además introduce el artículo y lo comenta al final, pero sin marcar donde comienza y termina textualmente el discurso del conferencista y el comentario que sobre él hace el diario, lo cual sugiere una clara intención de filtrar el discurso de quien habla e influir en el ánimo de quien lee. Luego, en ambos artículos encontramos que su mirada se dirigió a mantener un registro de condena de la guerra en sintonía con la literatura socialista que había prevalecido en los inicios de la misma. En la denuncia sistemática de los estragos que producía la lucha por las economías nacionales, el intelectual verificaba una clave de lectura de la guerra acorde con su matriz partidaria: condena a la xenofobia, al “nacionalismo de clase” y a un sistema de capitalismo internacional que no respetaba reglas ni acuerdos, por lo tanto se volvía “anárquico”¹¹⁰. No obstante, su postura pacifista expresada en la condena a la guerra sin identificación de responsables, era leída en clave de germanofilia. Es evidente que al publicar sólo un extracto, el diario partidario hacía un recorte caprichoso de aquellos enunciados que Bunge sostenía con tanta vehemencia y también es de notar que cuando habla en nombre del partido, sus posturas pro germánicas se diluyen. Aunque un anuncio en *La Vanguardia* señalaba a sus lectores como una “primicia”, la reciente aparición de *El culto de la vida*¹¹¹ (y un mes más tarde, el periódico militante aceptaría transcribir una elogiosa reseña publicada en el diario *Argentinisches Tageblatt*¹¹²), los espacios de libertad para leer la guerra

¹⁰⁹ *La Vanguardia*, 7/6 y 9/7/1915.

¹¹⁰ *La Vanguardia*, “El crimen nacionalista” 7/6/1915 y “La guerra y la paz” 9/7/1915.

¹¹¹ *La Vanguardia*, 15/9/1915.

¹¹² *La Vanguardia*, 15/10/1915. El diario *Argentinisches Tageblatt* fue fundado en 1889 por Johann Allemann en Buenos Aires. Estaba dirigido a lectores alemanes y tuvo desde sus comienzos una tendencia liberal y republicana, que abogaba por la extensión de los derechos de ciudadanía en la Argentina y una activa política cultural. Años más tarde, constituyó un bastión anti-nazi dentro del ámbito germanoparlante.

debían ser limitados para evitar una fractura partidaria en frentes nacionales. A lo largo de 1915, los escribas de Juan B. Justo cargaron la artillería contra Bunge. Con la faena del acoso y derribo, Ricardo Sáenz Hayes y Enrique Dickmann arremetieron contra Bunge, ocultando detrás del velo de los principios del internacionalismo los ínfimos espacios que los dirigentes disidentes tenían para cuestionar a la cúpula partidaria. Las columnas de Sáenz Hayes envolvieron a Bunge en acusaciones que lo vinculaban con los registros más cuestionables de la cultura alemana: el pangermanismo y el chauvinismo racial de Houston Chamberlain. Bunge se defendió desde las páginas de la revista *Nuevos Tiempos*¹¹³. El tono conciliador había quedado atrás. Denunció sin eufemismos la acometida de *La Vanguardia* para desprestigiarlo durante la campaña electoral. Luego construyó su lugar de enunciación en nombre de un saber erudito que sacó a relucir para derrotar a su contrincante en el plano intelectual. Su dominio del idioma alemán, el conocimiento de la literatura y la filosofía alemanas, sus repetidos viajes a la tierra de su familia paterna, constituían la estocada para blandir el dominio profundo de una cultura que luchaba para conservar intacto su espíritu. Su contrincante no la conocía, sólo repetía latiguillos vulgares de circulación popular. El recurso de la humillación intelectual a su interlocutor se completó cuando Bunge hizo gala de practicar un auténtico internacionalismo en nombre de un socialismo que no era tal si pretendía profundizar algunas grietas dentro de la familia socialista desconociendo el valor de la cultura alemana. Llegado a este punto, veremos que lejos de aplacarse, los ánimos se alterarían cada vez más, por la duración inesperada de la guerra, por los incidentes diplomáticos que la Argentina mantendría con Alemania y porque en las elecciones del 2 de abril de 1916, Bunge sería electo diputado nacional junto con Juan B. Justo, Enrique Dickmann, José Lemos y otros, rango que complicaría aún más su situación, toda vez que su bancada discutiese si apoyar o no la ruptura de relaciones con Alemania.

¹¹³ “Donde menos se piensa” e “Internacionalismo Sui Generis”, en: AUGUSTO BUNGE, *Polémicas*. Buenos Aires, Cooperativa Editorial Limitada, 1918, pp. 202-207.

A partir de la aplicación de la ley Sáenz Peña, varios resultados electorales alentadores le habían conferido al PS un conjunto de diez legisladores, incluyendo un senador por la Capital Federal. Hacia fines de abril de 1917, se reunió un congreso extraordinario del PS, convocado a partir de la actitud ambigua de los parlamentarios socialistas frente al hundimiento del barco argentino Monte Protegido¹¹⁴. El Congreso Extraordinario del PS, dio órdenes a sus parlamentarios de votar medidas que mantuviesen a la Argentina en la misma línea neutral que había elegido desde el principio, no obstante haberse percibido la misma o aún más radicalizada posición antigermánica en la mayoría de los discursos que se pronunciaron y que *La Vanguardia* publicó por esos días¹¹⁵. En esa ocasión, Augusto Bunge, solitario, vuelve a tomar distancia de sus compañeros de bancada que con vehemencia habían apoyado desde el principio de la guerra a la Entente y ahora celebraban la entrada de Estados Unidos en la contienda. Las novedades en el transcurrir de la guerra también recrudecieron la disputa en el plano discursivo; Bunge le responde a Dickmann desde la revista *Nuevos Tiempos*, desde donde denuncia la guerra paralela que se libraba al interior de su partido. Las formas elípticas y los silencios que caracterizaron a la primera época de la guerra, son ahora reemplazados por denuncias de censuras y reclamos de tolerancia intelectual.

En agosto de 1917, el bloque parlamentario dio su apoyo a la ruptura de relaciones con Alemania en desobediencia con las directivas del Congreso extraordinario, actitud que suscitó una amplia discusión en las organizaciones de base del Partido. El voto favorable de los legisladores socialistas a la ruptura de relaciones con Alemania, fue fundamentada como el resultado de una situación de excepción “la cuestión internacional se ha exacerbado con la publicación de documentos que exhiben como el gobierno imperial de Alemania puede simular respeto por la vida, los derechos, la bandera de los neutrales: aniquilándolos sin dejar rastros”¹¹⁶

¹¹⁴ *La Vanguardia*, 17/4/1917.

¹¹⁵ *La Vanguardia*, Discurso del diputado De Tomaso, 29/4/1917.

¹¹⁶ *La Vanguardia*, 3/10/1917.

en referencia a una noticia ligada a los manejos de la diplomacia secreta¹¹⁷. Dos centros socialistas de la Capital elevaron sus protestas contra los diputados que habían violado las órdenes conferidas por el Congreso de abril y eso provocó una especie de proceso deliberativo y la consiguiente renuncia en bloque de los legisladores, al sentirse cuestionados en su lealtad a los dictados del Partido¹¹⁸. La conducción del partido dispuso en esa situación, dejar la aceptación de la renuncia al procedimiento llamado “voto general” de los afiliados¹¹⁹. Cuando sus compañeros de bancada votaron a favor de la ruptura de relaciones con Alemania, Augusto Bunge se abstuvo de votar, lo que también provocó una actitud cuestionadora de las bases, pero en sentido contrario; algunos centros barriales partidarios de brindar apoyo incondicional a los legisladores que habían violado el mandato de neutralidad, hostigaron a Bunge y pidieron para él una sanción. La situación del médico socialista era bastante complicada, pues su neutralidad, lejos de ser considerada una actitud de lealtad hacia el Congreso Partidario del mes de abril, era sospechada de germanofilia por algunos, y de falta de valor por otros¹²⁰. Por lo tanto, la decisión de abstenerse de votar en momentos en que sus colegas legisladores transgredían el mandato partidario de no apoyar la guerra y se pronunciaban a favor de la ruptura de relaciones con Alemania, argumentando una situación excepcional y comprometedora para el país, lo ubicaba automáticamente en la lista de los germanófilos o en la de los paci-

¹¹⁷ La diplomacia inglesa puso en conocimiento del gobierno argentino un telegrama secreto, que el embajador alemán en nuestro país envió a su gobierno, recomendando hundir los barcos argentinos sin dejar rastros y calificando de asno al Ministro de Relaciones Exteriores, Honorio Pueyrredón. RICARDO WEINMANN, *Argentina en la Primera Guerra Mundial. Neutralidad, transición política y continuismo económico*, Buenos Aires, Biblos, 1994, p. 30.

¹¹⁸ DANIEL CAMPIONE, *op.cit.*, p. 149.

¹¹⁹ Sugiero ver el trabajo ya citado de Daniel Campione donde analiza la lucha intrapartidaria a partir de la renuncia de los diputados socialistas y la existencia de aceitados mecanismos de democracia interna, a pesar de los esfuerzos de la dirección partidaria para no perder el control sobre las bases.

¹²⁰ El proceso deliberativo que produjo al interior del PS la renuncia de los diputados fue reproducido en La Vanguardia. En algunos Centros socialistas, además de expedirse sobre la renuncia de los parlamentarios, las bases se pronunciaron sobre la conducta de Augusto Bunge en términos muy duros tales como “vacilante” y “cobarde”. *La Vanguardia* 13/10/17.

fistas internacionalistas, e incluso en la de aquéllos a los que les faltaba coraje para sostener sus pronunciamientos del comienzo, según quien hiciera la lectura de su actitud. Ahora bien, Bunge homologa la renuncia de sus compañeros de bancada presentando su propia renuncia explicada en términos de solidaridad partidaria, “a pesar de mis puntos de vista en la cuestión internacional, que mantendré mientras los hechos no cambien radicalmente —cosa que me parece imposible—, me liga a ellos una íntima solidaridad en todas las cuestiones que considero más fundamentales, por ser de orden permanente”¹²¹. Está claro, que en esta circunstancia, las preferencias en el plano internacional pasaron a un segundo plano. La expresión “cuestiones que considero más fundamentales por ser de orden permanente” en referencia a expresar solidaridad con aquellos colegas a quienes se imputaba falta de lealtad a la doctrina socialista por votar de acuerdo con su conciencia, sugiere que ahora el núcleo del debate se trasladó a la posibilidad de discutir y definir el alcance de la autonomía de los legisladores, en referencia a los principios socialistas, y en esa disyuntiva Bunge asumió una identidad de pertenencia al núcleo duro de la conducción. A la hora de diseñar la estrategia de acumulación de poder que ambos bandos habían encarado —y que terminó con la creación del Partido Socialista Internacional por parte de los disidentes— Bunge se encolumnó sin complejos del lado de la conducción partidaria y asumió la redacción de una reforma del estatuto del partido, que tendía a reforzar el poder de dicha conducción¹²². Mientras el grupo parlamentario identificado con la conducción partidaria lograba obtener el apoyo de la mayoría de los afiliados¹²³, Augusto Bunge asumía una perspectiva distinta para explicar la crisis en el seno del PS¹²⁴. El conflicto interno desatado con motivo de la guerra, había fortalecido los mecanismos democráticos que sabía cultivar su partido. La clave explicativa de los beneficios que había acarreado el enfrentamiento se ubicaba en el ejercicio y la dinámica de las votaciones a la que eran sometidas las cuestiones más relevantes.

¹²¹ *La Vanguardia*, 3/10/1917.

¹²² *La Vanguardia*, 30/11/1917 y 1/12/1917.

¹²³ DANIEL CAMPIONE, *op.cit.*, p. 156.

¹²⁴ *La Vanguardia*, 30/11/1917 y 1 y 3/11/1917.

A esta altura, la polémica referida a detrás de cual de las tradiciones socialistas debía encolumnarse el PS argentino a lo largo de la contienda, o cual era el modelo sociocultural más conveniente para la Argentina se desplegaba en simultaneidad con una problemática más inmediata y a la vez constitutiva de los principios ordenadores de su partido. En los argumentos de Bunge coincidía el tono de preocupación y el gesto tutelar que su jefe político Juan B. Justo había manifestado desde el momento fundacional de la unidad partidaria y muy especialmente desde la llegada al poder de los radicales: la necesidad de profundizar la labor “pedagógico-moralizante” en el seno del tejido social, frente al peligro del populismo¹²⁵.

La guerra había colocado blanco sobre negro la disputa con el gobierno radical por la forma de ejercer la política y captar el voto popular. La ampliación de la democracia en la escena pública nacional debía ser inducida por el ejercicio de las prácticas partidarias que distanciaran a los nuevos protagonistas de la vida política (los trabajadores) de la nueva versión de la tradicional “política criolla”. En efecto, la impronta de ese discurso aspiraba a trascender la coyuntura bélica y lo ubicaba a Bunge dentro del grupo de los dirigentes socialistas que estrechaban filas para hacer del PS una organización más homogénea, frente al peligro de dispersión que había enfrentado cuando sus afiliados habían tomado posición por uno u otro bando de la guerra.

CONCLUSIÓN

La guerra fue un catalizador para pensar los viejos problemas no resueltos y los que se presentaban con la coyuntura. Ernesto Quesada y Augusto Bunge pusieron en tela de juicio las convicciones y representaciones de su tiempo asumidas como verdaderas y se movieron a contracorriente de la intelectualidad y de la opinión pública. Sometieron a discusión la creencia instalada que consideraba a Francia e Inglaterra como las genuinas representantes de la democracia y la libertad y se animaron a buscar un modelo distinto para una Argentina que debía resolver problemas vi-

¹²⁵ PATRICIO GELI y LETICIA PRISLEI, “Una estrategia socialista...”, *op.cit.*, p. 35.

tales como la consolidación de la democracia, la asimilación de los inmigrantes y el fortalecimiento de un sentimiento nacional. Hasta ellos, casi todos los representantes del campo político y cultural consideraban que la consolidación de la democracia estaba vinculada a la instalación de los valores universalmente considerados como parte de la civilización por las potencias de la Entente, tales como elecciones periódicas, libertad de expresión y sufragio universal.

Quesada leyó la participación de Alemania en la guerra con los argumentos que le proporcionaron los intelectuales alemanes. Pero la inspiración para justificar su admiración por la cultura y las instituciones alemanas la encontró en los problemas que sus ojos veían en la sociedad argentina y en las formas en que éstos se ensamblaban con la política. La tarea —en la que el estado tendría un rol protagónico— de terminar de definir la identidad nacional en una sociedad en la que se operaban cambios derivados de su ingreso en la modernidad, íntimamente ligada a la necesidad de plantear soluciones en el plano de la “cuestión social” debía ser encarada en el mismo momento de la guerra por dos razones: para atraer a los alemanes que la guerra expulsaría y para copiar sus modelos organizativos e institucionales, capitalizando el hecho de que la contienda le confería a Alemania mayor visibilidad. Con su empedernida prédica en favor de Alemania, se empeñó en demostrar que el orden construido por la élite tenía fisuras allí donde otros pretendían mostrar resultados y con notable lucidez diseccionó los imbricados mecanismos comunicacionales que la guerra movilizó, cuando advirtió que la información que llegaba a través de la prensa británica era el producto de una construcción edificada para vencer, en la lucha simbólica que se libraba a la par de las trincheras.

En este sentido, las “atrocidades alemanas” también constituyeron para Bunge la traducción de la discrecionalidad utilizada por Francia e Inglaterra con respecto a la difusión de las noticias del frente de guerra. La opción entre civilización y barbarie planteada por la prensa de la Entente para explicar el conflicto y etiquetar a Alemania como la barbarie, no era aceptada por un socialista que operaba el rescate de los valores pacifistas de la socialdemocracia alemana y planteaba su convicción de que los so-

cialdemócratas que integraban las filas del ejército alemán, no podían ser los autores de las prácticas salvajes que describían los medios aliados. Bunge usó la coyuntura de la guerra para batir el parche del anticapitalismo en tono romántico buscando hacerse un lugar propio tanto en el campo simbólico como dentro de la estructura partidaria. Consecuente con los principios que le marcaba su partido, condenó la guerra desde su inicio. Su simpatía por el Imperio Central, lejos de sostener un posicionamiento belicista, expresaba la convicción de seguir la conducta que había marcado la socialdemocracia alemana, renuente a embarcarse en posturas nacionalistas extremas por temor a la fractura de su partido. La expresión de modernidad contenida en su militancia socialista también se corporiza en la admiración por las formas culturales alemanas, donde Bunge encuentra redefinida la noción de civilización en un novedoso molde de tipo espiritual y social. Su militancia socialista también construyó el mirador desde el cual leyó la guerra como el agente reparador que haría que el capitalismo atenuara sus efectos sobre la clase obrera cuando los estados burgueses recurrieran a gravar la renta capitalista, para hacer frente a las deudas que asfixiarían a las economías nacionales al finalizar la contienda. Por otro lado rescata rasgos positivos de la organización del Imperio, adjudicándole valores democráticos en una operación en la que la amplitud de los derechos sociales contenidos en la organización alemana opaca las debilidades democráticas del funcionamiento del sistema alemán en el plano político. Bunge pregonó derechos para los trabajadores, pero sus escritos tienen la complejidad que sólo pueden comprender otros intelectuales y sus conductas en el momento de disputar espacios políticos, indican que al ponderar el orden como ejercicio de control y de eficiencia, define un modelo civilizador que implica una estrategia de reparto de poder donde los sabios aparecen como la élite autoconsagrada, única capaz de pensar los problemas y diseñar las soluciones.

La distancia ideológica que separa a Quesada de Bunge se tradujo en que las atribuciones que cada uno le confiriera al rol del estado no fueran idénticas en todos los aspectos. No obstante, los dos intelectuales, en la coyuntura de la guerra, creyeron en el poder transformador del estado,

tanto para acercarle alivio a la situación de los trabajadores como para corregir el rumbo de los valores colectivos asimilados por una sociedad en constante transformación. Tanto uno como otro, valoraron positivamente las formas de organización alemana como vehículo del proceso civilizatorio que en la Argentina faltaba concluir cuando la coyuntura de la guerra europea cruzada por las expectativas que despertaba la recién sancionada ley de sufragio, prometía nuevas formas de regulación social.

A Quesada y a Bunge los unifica la misma actitud de interpelación hacia sus grupos de pertenencia política y también los unifica la similar vocación por el conocimiento de la realidad argentina. A ambos también los acerca un posicionamiento similar frente a la guerra, que resulta de una visión optimista sobre la oportunidad que la contienda europea habilitaba como partera de una época nueva. Más allá del resultado que la misma arrojase, la subversión de valores y posicionamientos internacionales se presentaban como la ocasión adecuada para que el estado reajustara medidas y resolviera temas pendientes. Los mismos problemas que atravesaban el corpus teórico liberal y el socialista, aparecen resignificados a la luz de la guerra en torno a un relato que pone de manifiesto la tensión entre realidad y utopía, o entre política y cultura. Los dos construyeron sentidos de la realidad en torno a la guerra, pero no lograron desmontar las imágenes negativas que la mayoría de los argentinos tenía sobre el pueblo alemán. Un breve recorrido por los diarios y revistas de la época, e incluso por trabajos historiográficos recientes así lo evidencian. El propósito de este trabajo no fue revalorizar lo marginal por lo marginal mismo, sino prestar atención a lo olvidado o menos difundido, al mismo tiempo que tratar de capturar e interpretar otro aspecto de una época muy trabajada.